Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

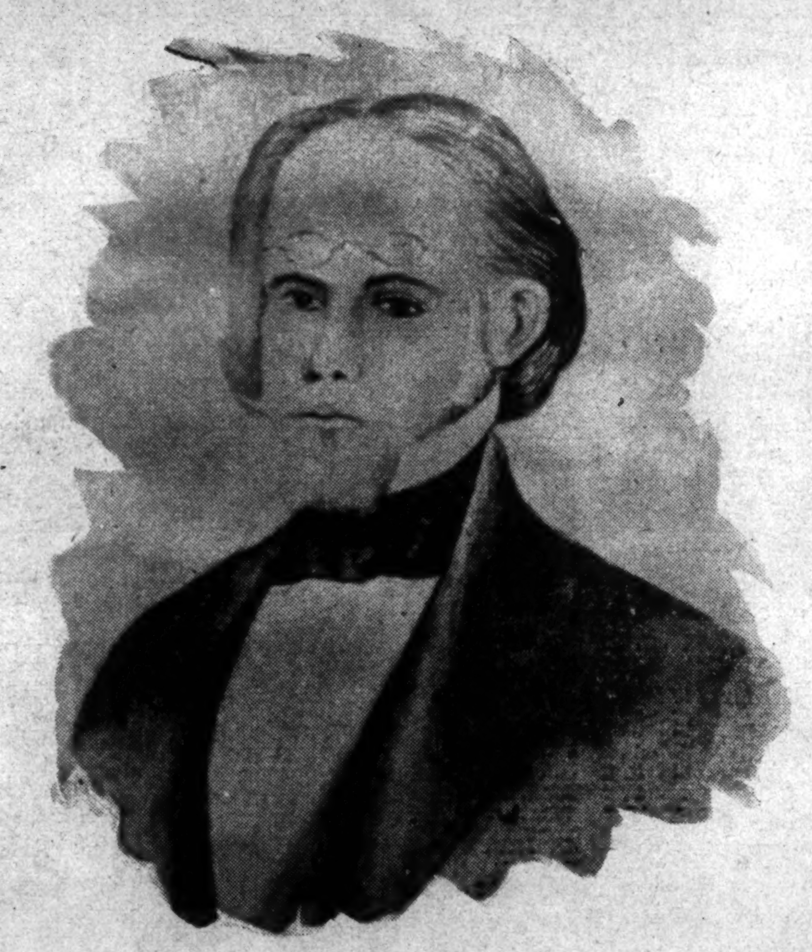
Tomo XX | San José, Costa Rica **1930** Sábado 4 de Enero | Núm. 1

Año XI. No. 473

SUMARIO

Años de aprendizaje de Simón Bolívar

= Del precioso libro *La escondida senda.* Madrid. 1927 =



Simón Rodríguez,
el maestro predilecto del Libertador

En la Federación Universitaria Hispanoamericana. — Me encuentro muy a mi sabor entre vosotros, estudiantes hispanoamericanos, con mi acento criollo y con mis ideas criollas, mas no poco cohibido por vuestra lozana juventud. Escuchad, pues, mis cansadas palabras como de quien tiene la impertinencia, tan frecuente en los cabellos grises, para no llamarme de una vez viejo, de volverse hacia sus hermanos menores para recordarles una lección que no supo aprender y aprovechar a vuestra edad.

Acogido con benevolencia en esta casa de estudios y de cordial compañerismo, vengo a conversar un rato con vosotros acerca de los Años de aprendizaje de Simón Bolívar, para deducir de ellos, si es posible, un método de direcciones espirituales en el esfuerzo que habéis de realizar en el porvenir, porque no ha de ser la América indo-española únicamente motivo de crónicas y novelas pintorescas o atractivo de codicias capitalistas.

Me he de referir sólo a la época juvenil de Bolívar, antes de su portentosa empresa de emancipación, que requiere la energía suprema del genio; me referiré especialmente a los días de su vivir inquieto, que pudieran compararse a los de cualquier mocedad apasionada y de vehemente inteligencia, aunque el final de esa etapa augura ya el hombre extraordinario que va a ser el futuro Libertador.

El tránsito de Simón Bolívar por las tres grandes ciudades latinas que son Madrid, París y Roma, tema de esta lectura, es, a mi entender, el tránsito por tres estaciones sentimentales, en su camino de perfección. Así es un tríptico ideológico el que me propongo esbozaros, no obstante que pienso ahora, pero tarde para arrepentirme, que, además de conocer aquellos episodios históricos, habréis resuelto el fundamental problema de ajustar la conducta al pensamiento y de encaminar la voluntad hacia altos o superiores fines.

Considere, pues, vuestra bondad, esta plática como una simple cooperación de simpatía por la Federación Universitaria Hispano-Americana, protegida por la noble fundadora de nuestra civilización en el Nuevo Mundo.

Primera estación sentimental.—Cuando el francés Depons, muy a comienzos del siglo XIX, visitó Caracas, calificó de «grande ville» a la capital de la pobre y antigua Capitanía General de Venezuela. No era, ni con mucho, Caracas una gran ciudad, tal como la miraron los ojos del generoso viajero, dispuestos a aumentar las proporciones. Era apenas una gran aldea o, si se quiere, un pueblo grande, del que aún quedan algunos vestigios, que el tiempo adorna con la suavidad romántica de las cosas que van a desaparecer.

Ceñido de montañas, el caserío dormía la siesta colonial, estremecida por las cornetas de los cuarteles y las campanas de las iglesias. Se extendía el silencio sobre los techos de tejavana y las casas de una sola planta, construídas con la propia tierra bermeja del valle, donde yacía sepultada la tribu indígena, que parecía haber ofrendado la cal de sus huesos para blanquear los corredores de los patios perfumados por el naranjo y la rosa. Envuelto en su capa, más para ocultar el rostro que para precaverse de la neblina nocturna, guiado por el candil del esclavo, acudía el señor a alguna cita galante o a algún conciliábulo revolucionario, porque bajo la aparente modorra, fermentaban las pasiones, y los sueños republicanos. Así es Caracas. Si nos atenemos también a las impresiones del conde de Segur, aquel valle tropical, para términos del siglo XVIII, sería un rincón del paraíso, a no ser, según asevera, por los monjes inquisitoriales, los alguaciles feroces, los empleados de la ávida intendencia y, añade, por algunas fieras que rugían en los suburbios, escapadas de los bosques vecinos, pensando tal vez, como buen viajero francés y hazañoso, que el cuadro carecería de colorido sin esos detalles espeluznantes.

En ese ambiente, en la casona solariega de sus abuelos vascos, frontera al convento de San Jacinto, nació Simón Bolívar en Santiago de León de Caracas el año de 1783, cuando ya declinaba el reinado de Carlos III el glorioso y se aproximaban días funestos para nuestra España.

Y permitidme hacer, de paso, una observación. Los viajeros de antaño, como Depons y Felipe de Segur, solían ver nuestras incipientes poblaciones con menos desdén y más hospitalaria comprensión que muchos europeos y «europeizados» de hoy, acaso porque la visión de aquéllos buscaba más la naturaleza desnuda que la obra de los hombres. Rousseau había puesto de moda, por decirlo así, el culto de la naturaleza, la sensibilidad propensa a complacerse más en el paisaje natural que en la ciudad edificada, como ahora la comprendemos. Es, en verdad, deleitoso el panorama del valle caraqueño, y debió de serlo más aún cuando el arbolado de corrales y aledaños y el cristal de los ríos, eran la única hermosura de la comarca. La furia misántrópica de Juan Jacobo exaltaba además las costumbres primitivas, que entonces predominaban entre nosotros. ¿No llegó a afirmar el filósofo ginebrino, en su hipocondría y despego de las pulidas cortesanías, que los caribes de

Venezuela presentaban el dechado de una sociedad perfecta? Peligrosa exageración, que aun en los pastoriles entretenimientos de Versalles tenía admiradores; pero tal vez no menor equivocación que la de suponer, como algunos ahora, que las ciudades pequeñas u olvidadas no puedan producir grandes hombres, tales como los que en Caracas nacieron, en un reducido cuadrilátero urbano, a fines del siglo décimooctavo, Francisco de Miranda o nuestro Simón Bolívar, para citar a los de más universal nombradía. Sírvanos esta alusión para esperar de vosotros, no todos, hijos de urbes suntuosas, ideales que no se midan por la altura de los palacios ni por la inmensa muchedumbre de las avenidas. Es más a la calidad que a la cantidad de la población a lo que debemos aspirar, y sin exponernos a comparaciones, que serían impertinentes en nuestro caso, conviene recordar el ejemplo de Atenas, la que, medida sólo con el compás de la estadística, sería hoy considerada como una ciudad de quinto o sexto orden por el número de sus habitantes, y entre cuyas ruinas todavía encontramos, sin embargo, la más prodigiosa fuente de belleza y de pensamiento.

El niño Simón prefería a los libros los paseos en borrico, por los floridos cafetales y las cuestas de la cordillera, como si lo que tuvo de poeta y andariego se iniciara en esas infantiles travesuras. Luego, apenas púber, sus maestros no lograban inculcarle las humanidades que precozmente poseían, el uno, Andrés Bello, como un clásico que Virgilio conducía; el otro, Simón Rodríguez, como un romántico precisamente de la escuela de Rousseau. La corta diferencia de edad entre Simón y sus maestros. sobre todo entre él y Andrés Bello, tal vez influía en el irrespeto del discípulo. Es lo cierto que ni aquéllos, ni antes D. Miguel Sanz, de más grave continente y edad, lograban aprisionar su imaginación con ninguna disciplina. Y fallecido su padre, don Juan Vicente, del marquesado de Bolívar, la cariñosa debilidad maternal de doña Concepción Palacio, tuvo que apoyarse en la severidad de su hermano D. Carlos para resolverse a enviar el chico a seguir sus estudios a Madrid.

Su primera carta desde Méjico, ya en viaje para Europa, bien señala que hasta su ortografía era en extremo vacilante. Poco después, ya en Madrid, no sólo tiene ortografía, sino que está enamorado, y de qué modo, como un juicioso señorito de diecinueve años que piensa en casarse, como quizás cualquiera de vosotros en este momento. Ha encontrado en los salones de su pariente D. Bernardo Rodríguez del Toro, a una candorosa y gentil damisela, como es su prima María Teresa. Se casarían, serían felices, y él hasta alcalde de San Mateo, en la feraz región de su país natal, donde sus padres poseían vastos campos. Irían entre verdes espigas, bajo el azul del trópico, y pondrían juntos los labios, como en una flauta panida, en la caña de azúcar, para beber la melodía de su dulce jugo.

Don Bernardo, el prudente padre de la doncella, quería retardar el casorio; pero el ímpetuoso amor del mancebo no permitía espera, y en la Corte se efectuó la boda. En el documento notarial del matrimonio, la firma del doncel aparece pequeñita junto a la de la novia, y bien distinta de la que usó después en sus cartas y en sus proclamas guerreras, que es como el zig-zag de un rayo en el horizonte tempestuoso. El documento indica también que anduvo Simón por la Puebla cantábrica de sus remotos antepasados, señores de la Rementería, donde el molino en ruinas y la pradera mustia señalan hoy el lugar de Bolívar, pradera del molino, en el lenguaje prehistórico de los eúskaros.

Pero era la luna de Caracas la que deseaba para su luna de miel, y el mar condujo a los esposos a las puertas de la dicha. ¡Mas cuán efímera! Una sola primavera duró la dicha. La amada cayó enferma, y en un suspiro murió. Junto al tálamo nupcial hubo su sepulcro la suave María Teresa. De ella no queda sino una lápida en el sitio que en Madrid habitó, al comienzo de Fuencarral; en la catedral de Caracas, el mármol que cubre sus cenizas, y en nosotros, el recuerdo de un idilio inefable.

Inmenso como su amor fué el dolor de Simón, el viudo de veinte años. Amor y dolor fueron de aquellos que ocupan toda la zona del alma y eclipsan o anublan la reflexión. En la psicología bolivariana se observa, sobre todo en las horas de máxima tensión, que un solo sentimiento ocupa el área mental y emocional. Para los que así saben sentir el amor, el mundo se esfuma para dejar sólo un espacio iluminado, el que la pareja amatoria, con divino egoísmo, supone el centro del universo; pero en ese espacio y en esos instantes, el universo les revela acaso su más hondo misterio, y seres y cosas su más recóndita belleza. Los que así son capaces de sentir el dolor, saben que éste también se apodera de la conciencia y expulsa de ella, siquiera sea momentáneamente, lo que no concuerde con la pena predominante, produciéndose un fenómeno a la inversa, porque entonces es un contorno de sombras el que nos rodea, quedando fuera de sus ámbitos el mundo gozoso e iluminado.

Por huir de los lugares vernáculos donde había situado la escena de sus ilusiones, mutiladas por el Destino, regresó Simón a Madrid, o tal vez para revivirlas aquí, con la significación que adquiere en el alma del amante los más nimios detalles que se relacionen con la adorada, la casa donde vivió, el banco donde descansó en el paseo, el aroma de una flor que una noche prendía en su corpiño, el sitio donde cayó una tarde su pañuelo de encajes.

Podemos imaginarnos la desolación de Bolívar en la soledad de su viudez, su nostalgia, su mortal desesperanza. La vida, con una gota de miel y de acíbar, había concluído para él. Quizás en camorras juveniles buscó la muerte, pero la muerte, como en la elegía verleniana, no quiso de él. En Madrid había dejado de ser el estudiante descuidado, y en corto lapso igualó a sus profesores. Mas ¿para qué la ciencia y la filosofía y las letras, si su vida no tenía objeto alguno? Volvía a su cuarto como cuando célibe, mas para llorar sobre el volumen cerrado de Plutarco, mientras el Madrid de María Luisa y Godoy se divertía en las verbenas; porque era la época del color y de la fiesta, del pelele manteado por cuatro lindas majas, del jugar a la gallina ciega en los jardines de Aranjuez, mientras los reyes, ciegos, no miraban declinar el sol de España en su Imperio de las Indias.

Esto es que en el Madrid que Goya pintó, claro y contento, Simón Bolívar, viudo, casi adolescente, era el más taciturno y desesperado personaje, sin propósito alguno para el porvenir, y con una melancolía tan profunda que le estrechaba a aguardar su próxima desaparición, para unirse a la amada en la eternidad. Vivir de hastío cotidiano, de monótonas y triviales faenas y sin más compañía que sus recuerdos.

Así, en esta su primera estación sentimental, en Madrid, estaba Simón Bolívar triste hasta la muerte.

Segunda estación sentimental.—Os he dicho que Simón Rodríguez, compatriota de Bolívar y su maestro predilecto, era tan devoto de Rousseau, que se ha juzgado perniciosa su influencia en el discípulo, en tanto éste se alimentó en las fuentes de *El contrato social*.

No es ocasión, ni autoridad tengo para interponerme en los pareceres que se debaten a este respecto. Mas sí he de añadir que era Rodríguez el más extravagante de los seres y el más singular de los pedagogos. Como de casacas alternaba de apellidos. En una querella doméstica, cambió por el apellido de Rodríguez, que es por el que más se le conoce, el de Carreño, que es el de su familia y famoso en los fastos venezolanos, pues Carreño era Teresa, la pianista de mundial celebridad, y también de ese apellido el autor de la obra que, donde se hable nuestro idioma, pauta la urbanidad, la cual no es en el fondo arte de pura cortesía, sino religión de indispensable y mutua tolerancia en las relaciones sociales; a pesar de que una opinión, la de José Ortega y Gasset, y de mucha autoridad en la actual literatura española, acaba de apreciarla como antipoda de la pura sinceridad, en lo que coincide con otro insigne heterodoxo español, el injustamente olvidado Ramón Campos, muerto por las balas extranjeras del Dos de Mayo, y al que, con la puerilidad del bibliómano que descubre un libro raro, consagré, años ha, una de mis meditaciones.

Y no sólo de apellido cambió este curiosísimo Rodríguez, cuando en una de sus magníficas humoradas, y ya en edad madura, vistió

traje y gorra de párvulo, y con el nombre de Samuel Robinsón se incoporó a una escuela primaria, para probar con su ejemplo que nunca es tarde para principiar a estudiar y nunca se acaba de aprender. Y como de nombres y trajes, cambiaba de oficios, y ya era profesor de idiomas antiguos y modernos, ya químico, ora horticultor, ora vendedor de velas para el alumbrado, con este lema irónico en la puerta de su tienda: «¡Luces, luces es lo que a América hace falta!» Verdad que en sus mudanzas de carácter y costumbres mantuvo inalterable su fervor por las luces de la ilustración, según entonces se decía, como base de la libertad de los pueblos y de acuerdo con las flamantes doctrinas de la Revolución francesa, en cuyo calendario se inspiró para bautizar civilmente con nombres de legumbres a dos de sus hijos.

Y si de oficios variaba, qué diremos de lugares, Pretendía parecerse, son sus palabras, no a los árboles, que se arraigan para siempre en un suelo, sino al viento, al agua, al sol, a todo lo que se mueve y cambia sin cesar. Su perenne ambular ha sido clasificado por psiquiatras, que escudriñan y mortifican nuestros íntimos defectos, de dromomanía, vocablo, que con sus raíces griegas, parece que hiciera más incurable tan extraña enfermedad. Siendo así, no es posible saber a ciencia cierta en qué punto de Europa, donde a la sazón se hallaba, supo Rodríguez, o Carreño, o Robinsón, que su discípulo era víctima de las siniestras Parcas, las que, después de hilar con su rueca la mortaja de la bienamada, acercaban a la mano de Simón la pistola del suicida.

No había tiempo que perder. Preciso era despertarle de su incomparable pesadumbre, con un chorro de alegrías. Estupendo educador que, con moral en verdad más pagana que cristiana, quería hacer de los placeres sensuales el mejor bálsamo de una pena que las lágrimas no consuelan. Y de donde está invita al discípulo a venir a su lado, con la insistencia de revelarle una secreta historia de que su suerte dependía, aunque en una carta de esa fecha, cuya autenticidad se discute, aparece Bolívar solicitando la consoladora compañía de su maestro, que está en Viena, a la vez que a Fanny de Villars ofrece, con un alma desgarrada, un cariño inmortal.

Pero es el hecho que Bolívar se marcha de Madrid, y dejando atrás la parda llanura castellana, desolada como sus pensamientos, y los villorrios inmóviles, penetró en el vergel de Francia. Pero acaso, al volver la vista para despedirse de España, cual de la propia amada, divisó, en la polvareda del camino, la imagen fúlgida de María Teresa,

A fines del año en curso, se cumplirá el primer centenario de la muerte de nuestro padre Bolívar. Por este motivo, ***Repertorio Americano,*** *en todas sus ediciones de 1930, algo sacará que aluda a la vida o la obra del homagno. A fin de que el homenaje resulte lucido y eficaz, el editor de este semanario le pide colaboración a sus amigos, los escritores de América que lo reciben con frecuencia. Páginas propias, iconografía, anécdotas, recuerdos, escrituras famosas acerca de Bolívar: cuanto se crea oportuno, se le puede remitir. Lo estimará en lo que vale y lo aprovechará. ¡Y cuán agradecido por eso!*

que, alzándose de la tumba, sonreía y lloraba como si conociera la inconstancia del humano corazón.

¿Cuál fué el secreto que Rodríguez dijo al oído de su alumno? Que le había conservado íntegro un cuantioso legado y que podía disponer de una inmensa fortuna para llevar una fastuosa existencia. ¿Cuál fué el consejo del original maestro? Que con ese oro debía satisfacer todos los caprichos de la imaginación y de los sentidos.

Si es de admirar la pulcritud del depositario de la herencia, quizá nuestra ética corriente no aplauda el método para despertar de su mortal letargo al joven Simón. Pero el sutil Rodríguez, lector de Condillac y sin duda de Gracián y los casuístas, conocía el complicado mecanismo de los sentimientos, que una mano diestra puede conducir hábilmente por los senderos sembrados con las rosas de la vida y que no exige de nuestras debilidades la contrición de la empinada sierra de las místicas virtudes. Además, el nuevo Rousseau conocía de antiguo el temperamento de su Emilio.

No tardó, pues, Bolívar en acogerse al regocijado sistema del maestro, y, entregado al vértigo de París, se dejó arrebatar por sus encantos y fiestas, como antes por el candoroso amor de María Teresa. Su rostro oliváceo empalideció en las locuras del libertinaje y sus ojos brillaban con fiebre insólita. En una noche de juego pierde cuatro mil libras. Su voz sonora y aguda vibra en los desórdenes. Fué el elegante de las galerías del Palacio Real, donde Camilo cortó de los árboles la escarapela verde, en el cálido mediodía revolucionario. El sombrero que ideó, y que aún lleva su nombre, fué orgullo de petimetres. ¡Cuántas veces le debió sorprender la sombra de María Teresa a los pies de Venus! ¡Cuántas la apartaría, con una copa de champagne, en su alcoba de la calle Vivienne, donde colgaba el retrato de la novia, con sus bucles castaños y su basquiña de seda y que tal vez copió más tarde sobre marfil Juan Bautista Ugalde, el gran miniaturista caraqueño y bohemio de Madrid!

Sucedía a la postración patética la exaltación dionisíaca. Y ya apuntaba, con el naciente bozo, el Don Juan que nombraría las nueve musas de Caracas a sus primas las fascinantes Aristeigueta; el amante de Manuelita, la bella ecuatoriana; el que, prisionero en la guirnalda que con sus brazos le formaban preciosas doncellas, en la dorada Lima, se declaraba con viril galantería, indigno de besar el suelo que pisaban las diosas peruanas.

Fanny de Villars era su prima, y además hermosa, y siempre fué tentación del joven la hermosura de sus primas. Fanny, a quien nombraba Teresa, acaso para así concordar un nuevo amor con otro antiguo, ponderaba a Simón, que en sus salones derrochaba su espíritu y sus gracias, fingiendo una pasión a lo Saint Preux por Julia. Pero en verdad más se parecía Bolívar a un personaje de Stendhal que al sensible enamorado de *La nueva Eloísa*.

Eran los días festivos y heroicos del Consulado, y en los salones de Fanny de Villars conoció Bolívar a madame de Recamier y a Talma, y a políticos y a intrigantes que habían sobrevivido al Terror. Madame de Villars, más dueña de sus sentimientos que su primo, como suele ocurrir con las mujeres que son nuestras contemporáneas, sobre todo en la juventud, detenía los ímpetus de Simón, ofreciéndose sólo como su confidente, que lo fué con delicadeza, y su consejera, pues no obstante sus veintiocho años, poseía reposada inteligencia para contener los extravíos del primo, entre fáciles devaneos. Así le escribe a Rodríguez, que desde Viena vuela a París a morigerar al discípulo, que había tomado demasiado al pie de la letra su sistema de olvido de un amor desgraciado, al decirle: diviértete, no pierdas fiesta ni espectáculo, goza de la juventud y del oro.

Pero llegó Rodríguez, por suerte, cuando ya declinaba en Bolívar la sed de placeres, que al colmarse produce tanta fatiga como la tristeza deprimente. Bolívar está, o por lo menos lo aparenta, hastiado de la existencia que llevaba. Y confía a Fanny, y es de creerse que también a su maestro, su estado de ánimo desencantado. No he recogido sino hastío, dícele a Fanny, al visitar las grandes ciudades, y en ninguna parte he encontrado una vida que me convenga, que sacie la ansiedad que me atormenta. No estaba preparado a la riqueza, añade, para resistir a sus seducciones; los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo; la embriaguez era corta, pues confinaba con el disgusto. Y como para justificar ante sí mismo y los demás las debilidades de su carne, como solemos hacerlo en casos semejantes, asegura que somos los juguetes de la Fortuna, divinidad que conduce al Universo y es madre de nuestros vicios y virtudes. Cito casi textualmente sus palabras, y del mismo modo éstas, que podrían grabarse en el pórtico del tercero y próximo período de su aprendizaje: «Si la suerte no se hubiera interpuesto en mi camino, habría reivindicado la gloria por mi solo culto, y como único fin de la vida ser un apasionado de la libertad».

En años futuros, en los que la gloria lo coronó y era el paladín de la libertad, recordaba, junto con las bellas y las canciones de París, su época de disolución, de licencias y de prodigalidades. Y fué aquella la segunda estación sentimental de Simón Bolívar, en París, cuando, según acostumbraba repetir, perdía la cabeza a la sola presencia de los placeres.

Tercera estación sentimental. —Como para destacar las líneas fundamentales y despejar la atmósfera de cada una de las estaciones que llamo sentimentales, en el alma del joven americano, de propósito elimino datos que una estricta historia reclamaría. Porque, desde niño, en Caracas y en Madrid y en París y hasta el momento en que le veremos en Roma, otros factores que los apuntados en esta narración se aleaban en el espíritu de Bolívar, que, si más rico en sentimientos e ideas que el de la gran mayoría de los hombres, era parecido al de sus semejantes en la posibilidad de contener simultáneamente la desconcertante variedad de emociones que constituye nuestra trama psíquica. El alma humana es corriente continua y no agua empozada, y está formada, en casi todos sus instantes, más por matices, que a veces se armonizan y otros se contradicen, que por un color uniforme; más por complicadísimos arabescos que por rígidos planos geométricos. Está tejida nuestra psique con tan infinita cantidad de hilos, que ni aun cuando nuestros propios ojos se vuelven a la profundidad de la conciencia pueden contarlos. Conocemos de los demás su apariencia física y apenas su contorno espiritual más descollante, que nos sirve, y con frecuencia erróneamente, para formarnos un concepto a menudo superficial de ellos. Conocer íntegramente a los demás es tan difícil como conocernos a nosotros mismos. Os doy, pues, de acuerdo con este mi parecer, sólo una imagen sintética de la juventud de Simón Bolívar, objeto primordial de la presente lectura. Si pretendiera internarme en la totalidad de su vida, confiado en los datos que de

ella se poseen, tendría que incluir en cada uno de estos estados de ánimo, sumariamente dibujados, otros factores morales que contribuyeron a su posterior acción en la independencia americana. Así, cuando salió de Caracas, aún en la pubertad, ya tenía noción de los prolegómenos de la lucha, que había de ser prolongada y sangrienta, entre el orgullo de los gobernantes que la metrópoli enviaba a la Capitanía General de Venezuela, y el orgullo, herencia de buena cepa ibérica, del criollo nacido en aquel suelo, y a través de centurias, injertado en el indio aborigen y, en parte de la población, con el ébano del infeliz esclavo africano. Lucha a veces cruenta, que con frecuencia ya ponía pánico en la ciudad, que tiene una cruz y un león rampante en su escudo. Más tarde, cuando Bolívar vino a Madrid, pudo darse cuenta de la decadencia del poderío real, y hasta se tiene noticia de que alguna rebeldía suya, contra autoridades públicas, motivó su temporal destierro de la Corte. Cuando viudo, de regreso a España, en su viaje leía a Plutarco y a Tácito y también a Voltaire y Montesquieu, en solicitud de doctrinas fortificantes. En París trató a los que conocieron los días de la Bastilla y de la Convención, y el sabio Humboldt le mostró el panorama del Nuevo Mundo como asiento de una libertad comparable a su naturaleza. Además, Simón Rodríguez, en medio de sus desarreglos, cultivó las inclinaciones de Bolívar, como un árbol que al crecer extendería sus brazos desde el Orinoco caudaloso a las cimas del Potosí.

A las influencias que el ambiente natal, las lecturas, los contactos mundanos, la tradición oral, conservada en el hogar paterno, tuvieron en las ideas de Bolívar, en su adolescencia, juventud, durante su formidable actividad militar, y luego como Presidente de la Gran Colombia, constituída por Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, supremo Magistrado del Perú y Fundador de Bolivia, a esas influencias, hasta cierto punto externas, para explicarse mejor su actitud revolucionaria, habría que añadir los gérmenes depositados en lo más hondo de su memoria subconsciente, en aquella región del Yo, por lo regular obscura e incógnita para nosotros mismos.

Se ha escrito y repetido que nuestra guerra de independencia fué una guerra civil, feroz, cual ocurre entre hermanos separados por distintos principios. Si se acepta como lógica esa interpretación de nuestra historia, fué aún más civil esa contienda en la propia alma de Bolívar, porque en su herencia ancestral y subconsciente, escuchaba como voces de ultratumba, las de los abuelos vizcaínos que combatieron en defensa de los fueros locales y se revelaron contra los obispos, antes de que el primer Bolívar pisara la Tierra Firme, en el siglo XVI. De ese modo juzgada, nuestra emancipación fué una guerra civil en efecto, no contra España, sino como una vuelta a la España de los reinos autónomos, duramente centralizados por la exótica dominación de los Austrias. Como los vascos mantenedores de sus fueros, y los comuneros de Castilla en territorio español, Bolívar libraba sus combates, en territorios americanos, por parecidos motivos de libertades regionales, pero renovadas según el ideario de la época, y la agitación y descontento en que se encontraban las provincias de Ultramar, sobre todo después que los ejércitos napoleónicos invadieron la Península.

Pero volvamos a nuestro principal asunto. Aprovechando la crisis que atravesaba su discípulo, en su hastío de los placeres, Rodríguez lo condujo a Italia, haciendo ambos largos trayectos a pie antes de detenerse en la Ciudad Eterna.

Grandes caminadores y recorredores del planeta eran aquellos hombres de antaño, a quienes las distancias entre los países y la diversidad de lenguas no impedían sentirse no sólo buenos europeos, como hoy se califica a los que aspiran a la federación continental, sino mejores ciudadanos del mundo. Se diría que ahora, a pesar del enorme progreso de las comunicaciones, la tierra se ha ido ensanchando, o los países alejando, o los hombres encerrándose en estrechos nacionalismos, que disimula un barniz cosmopolita. Sedentarios nos sentimos al compararnos, por ejemplo, con Francisco de Miranda, que en su cartera de viejo girondino tenía el mapa de América como un itinerario en que las distancias estaban suprimidas. En su mente, se hallaba Rusia a la vuelta de la esquina de Inglaterra. Estaba en Francia y su vecino eran los Estados Unidos. Bogotá era un barrio de Buenos Aires. De Cádiz salía, en un velero, como para un paseo por las costas mediterráneas, a repartir publicaciones republicanas, editadas a bordo, por las islas y costas del mar de las Antillas. ¡Qué piernas vigorosas las de nuestros abuelos y, sobre todo, qué amplia mirada para abarcar los más distantes límites! Eran hombres faústicos, para usar términos spenglerianos, que, a la vez que tenían la visión del infinito en sus concepciones, no se arredraban ante los obstáculos materiales para realizarlas.

Eran también en esto muy de su tiempo Simón el viejo y Simón el mozo, y debió de ser esfuerzo insignificante recorrer a pie las ciudades italianas para quien debía trajinar, más tarde, por las estepas calcinadas y las nieves andinas.

Por fin llegan a Roma. En la posada, donde Rodríguez remendaba una vez más sus calzones de sabio ambulante, el alma de la ciudad imponía su majestuosa enseñanza en el alma de Bolívar, que el dolor y el placer, como estados subjetivos, estuvieron a punto de vencer en su camino de perfección. Y se aproxima el momento en que nuestra vida, a ras de tierra, no puede seguir el vuelo de la de Bolívar, pero sí la dirección de su huella para nuestros más modestos afanes.

En un atardecer de agosto, en que el aire se impregnaba con el hálito febril de las lagunas, Simón y su maestro discurren por las riberas del Anio, a la falda del monte Aventino, y ascienden a la colina donde los plebeyos juraron librarse de los patricios y de la dictadura del Senado. Siéntanse en el pedestal, patinado por los siglos, de la rota columna caída entre la maleza, como magistralmente ha sido descrito por ilustres historiadores. En la lontananza azul esparcía su tenue oro el sol poniente, resplandecía en los arcos triunfales y en la cúpula del Vaticano, y al penetrar por los ventanales del Coliseo les daba expresión de ojos humanos que lloraran la grandeza desaparecida. Llegaba lento el crepúsculo y parpadeaban las estrellas como niños que nacieran. Evocada por sus piedras, la magnificencia romana se extendía en la imperial soledad. Y Bolívar, irguiéndose sobre el musgoso pedestal, con lírica energía, pronunció la promesa, que recogió el maestro, ya convertido en discípulo, y en la que se anticipa el estilo grandilocuente de las arengas bolivarianas, estilo que es como floración de su temperamento tropical y más latino que ateniense. Este fué su delirio de Roma, paralelo al que en la plenitud de su gloria tuvo en la cumbre diamantina del Chimborazo, cuando cayó desvanecido a las plantas del Tiempo, que se le apareció entre encendidas nubes. «He aquí—exclamó Bolívar de pie sobre el Monte Sacro—la tierra de Rómulo, de los reyes, de los ciudadanos, de los emperadores, de los mártires. Aquí todas las grandezas y todas las miserias tuvieron cuna. Hubo aquí suficientes y vastas reservas para conquistar el universo y someterlo. Contemplo en esos sepulcros innumerables la muchedumbre de prodigiosas figuras... Sombras de perversidad, de crimen, de abnegación y de heroísmo, ¿qué habéis hecho, sin embargo, por la causa de la humanidad, comparado con lo que hay que hacer? Por todos esos recuerdos, por mi patria y por mi honor, juro no dar reposo a este mi brazo hasta conquistar la emancipación de América». Así dijo.

Y así había de ser: española, pero libre.

Y en el silencio sublime de Roma emergía, con serenidad apolínea, la lección de la Voluntad triunfante. Bolívar encontraba un supremo objeto a su vida, como si sobre un terreno volcánico, en cuyo seno ardieran los fuegos, se alzara, en la paz divina del crepúsculo, el templo de Minerva.

Cuando llegó la noche, acaso en sueños, nuestro señor Don Quijote, a quien había de compararse en

su desolada agonía de San Pedro Alejandrino, se sentó al borde de su lecho casi ascético y le mostró con su tizona redentora la amada que lo esperaba. Pero ya Dulcinea no era María Teresa, sino América.

Y en esta su tercera estación sentimental de Simón Bolívar, en Roma, su voluntad se dispone a sus días de infatigable acción, y es ya el Bolívar que, sobre los escombros de Caracas, en medio del terremoto de 1812, que los amedrentados sacerdotes declaran castigo del cielo para los conjurados contra el trono—porque las falaces ambiciones suelen hacer al cielo cómplice de sus deseos—, lanzará esta trágica imprecación, que, más que la posibilidad ilimitada de dominar las fuerzas cósmicas, es signo del máximo dinamismo de una voluntad imperiosa: «Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra la Naturaleza y la venceremos».

En el curso de este coloquio, vuestro ágil intelecto habrá deducido las consecuencias didácticas que me proponía, y así harto impertinente sería insistir en ellas.

Las direcciones espirituales que se desprenden de esta rápida excursión por los Años de aprendizaje de Simón Bolívar, son las que desearía que aplicaseis a vuestro pensamiento y conducta, pues en la existencia, sin duda, pasaréis por parecidas crisis de dolores y placeres, que son comunes a nuestra especie, bien sea sin la misma intensidad y en medio de otras circunstancias. Estaciones sentimentales, por lo regular inevitables y peligrosas si la voluntad no logra superarlas.

La magnitud de la acción, que la voluntad militante realice, depende de las capacidades; pero, de todas maneras, será preferible a la perezosa inactividad o a la morosa delectación de detenerse en el dolor o en en el placer como estados definitivos. La voluntad puede manifestarse en trabajos superiores de la inteligencia, tanto como en las más humildes ocupaciones.

La Humanidad está como formada de círculos concéntricos; el de mayor periferia es el que recorren los genios, y, desde luego, son menores los discos a medida que nos acercamos al centro inmóvil de la más pequeña circunferencia, al punto ideal, de donde la insondable Divinidad preside o dirige el destino de los seres.

Pero en todos esos círculos, en el de la más abierta dimensión, como en el de la más reducida trayectoria, gira la vida por iguales curvas. En aquéllos hemos de encontrar el dolor y el placer y también nuestro camino de perfección, al ascender a nuestro camino de perfección, al ascender a nuestro Monte Sacro, donde la voluntad resplandece, pero no la voluntad furiosa y ciega, como una loca fuerza de la Naturaleza, sino la que se somete a las normas áureas de la inteligencia y del corazón.

Pedro-Emilio Coll

Madrid, 1927.

Tablero

1930

La sección *Zacarías Salinas* de la Biblioteca Nacional

N.° 68

San José, 11 de diciembre de 1929.

Señor Director:

Agregando un nuevo eslabón a la ya antigua y sólida cadena de amistad que une a Costa Rica y Chile, el Ministerio de Relaciones Exteriores de mi país ha resuelto obsequiar a la Biblioteca Nacional, que Ud. con tanta capacidad e inteligencia dirige, una colección de obras de autores nacionales.

Si a Ud. le parece conveniente, este conjunto de obras chilenas podría formar una pequeña Sección de la Biblioteca, que llevara el nombre del eminente pedagogo chileno señor don Zacarías Salinas, de muy gratos recuerdos en Costa Rica.

Estas obras que ya han sido trasladadas al local de vuestra Biblioteca, servirán de ayuda eficaz para conocernos aún más, si es posible, entre el elemento intelectual de esta República, que por cierto, está constituido por la casi totalidad de sus habitantes.

Acojo con placer esta oportunidad para presentar a Ud. las seguridades de mi consideración muy distinguida,

Jorge Barriga Errázuriz

Encargado de Negocios de Chile

Al Sr. Dn. Joaquín García Monge, Director de la Biblioteca Nacional, San José de Costa Rica.

---

12 de diciembre de 1929.

Señor Encargado de Negocios de Chile,

Pte.

Mi muy estimado señor:

Paso a referirme a su atenta Nota N.° 68. El considerable lote de obras chilenas a que su nota se refiere ya lo he recibido, y en parte se está empastando. Puedo asegurarle que lo estimaremos en justicia. El Ministerio de Relaciones de su país, con una comprensión clara del magisterio de Chile en nuestra América, ha querido que en la Biblioteca a mi cargo haya una sección de libros chilenos, puesta bajo los auspicios de una memoria y un nombre gratos: ZACARÍAS SALINAS. Se hará, desde luego, lo que el Ministerio de Relaciones de su país quiere. Cuanto Costa Rica haga por honrar la memoria del Sr. Salinas, en realidad es poco. A él le debemos uno de los mayores y más serios intentos que aquí se han hecho de reorganización de la enseñanza secundaria, a mi juicio la más importante de las agencias de cultura en un pueblo que quiere regirse por las normas democráticas. Seguirá, pues, en esta Biblioteca trabajando el Sr. Salinas en espíritu, y en nombre de su Chile amado, por la cultura primaria, secundaria y superior de Costa Rica. Porque las más variadas materias abarca el lote de libros con que Uds. nos han obsequiado. Pronto los clasificaré y los pondremos al servicio del público, Niños de las escuelas, maestros y profesores han de acudir a la consulta de dichas obras, que la cosecha es rica.

De Ud. con toda consideración, y muy agradecido,

J. GARCÍA MONGE

El libro de Jorge Zalamea

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Está ya para la venta en las librerías de la ciudad el libro de Jorge Zalamea. Libro sorprendente, de un profundo análisis sicológico, es éste en que el joven escritor ha querido darnos una bella síntesis de su talento creador y de su enorme cultura literaria. *El regreso de Eva* es un ensayo de farsa dramática que no tiene antecedentes en los anales de nuestra vida literaria. Dentro de nuestra pobre producción artística, dentro de todo ese fárrago de literatura autóctona, en la que campea una sicología a flor de piel y una ignorancia robusta de las nuevas tendencias y valores estéticos, el drama de Jorge Zalamea es algo muy superior a nuestro modesto ambiente literario. Para juzgarlo hay que salirse del panorama nacional y estudiarlo a la luz de un amplio criterio de universalidad, y al calor de un noble y elevado sentimiento humano. Como verdadera obra de arte, que es lo que se propuso, y lo que logró realizar el joven dramaturgo, no pueden aplicársele a la valorización de esta pieza las unidades de medida que se han venido adoptando para las producciones de fuerte y subido tono tropical. Es preciso ir a buscar en otras zonas de la inteligencia y de la cultura los antecedentes de la pieza que Jorge Zalamea nos ha traído de su peregrinación estudiosa y fecunda por el Continente.

El regreso de Eva no es la obra de un adolescente, como podría hacerlo creer la edad de su autor. Es el fruto de una plena madurez intelectual y de un contacto consciente con la vida que ha ido cristalizando en desconcertante sabiduría en cada una de las páginas de ese pequeño volumen, que marca toda una tendencia, que señala toda una orientación y que abre un porvenir cargado de promesas a las letras americanas.

Estamos tan habituados a la crítica benévola, e inconscientemente consagradora, que el público habrá de pensar que ésta es una de tantas notas escritas en la atmósfera fatalmente ligera de la redacción al tibio aliento de una amistad cordial y una admiración hiperbólica, pero el libro de Zalamea habrá de sacarnos con verdad en el concepto de que en él comienza la éra de la producción estética en Colombia, y agrandando el radio, en gran parte de América.

La crítica castellana de ultramar, servida por espíritus de la estatura de un Eugenio D'Ors o de un Ortega y Gasset, de ello estamos seguros, no habrá de tardar mucho tiempo en confirmar este comentario en torno a la obra de Jorge Zalamea, obra que es de las que pueden esperar sin palabras vacuas de presentación al lector, y sin necias y protocolarias cartas de recomendación.

Solicite esta obra! Adr. del *Rep. Am.* Precio: **$ 1.00** oro am.

Gleba

(Envío del autor)

Pocos son los poetas que en Costa Rica han manifestado poseer un verdadero temperamento poético. En las letras patrias solamente dos pueden hacer alarde de esa cualidad. Hoy, y después de la publicación de *Gleba*, podemos agregar un nombre nuevo: el de Max Jiménez. Accidental ha sido generalmente el cultivo de la poesía en la lírica costarricense; accidental quiero decir en el sentido de que pocos de nuestros poetas hicieron de ese arte la principal inquietud de su espíritu. Poetas tenemos (hay excepciones, lo repito) en que la poesía no corresponde sino a un caprichoso y accidental cultivo de las letras, a menudo bajo la influencia literaria del autor de preferencia; además de que casi toda la juventud costarricense es fértil en poética por esa romántica edad que va de los diez y ocho a los veintitrés años.

Max Jiménez pertenece a otra categoría de poetas dentro de la lírica patria. La poesía es en él la más grande de las inquietudes; su temperamento es ante todo un temperamento poético (de ahí esa sinceridad con sigo mismo que tienen sus poesías). El arte es en Max Jiménez gratuito florecer de su naturaleza artística.

No creas que el autor de *Gleba* prepara su espíritu en la lectura de sus autores favoritos; ellos le han ayudado tal vez a afinar su técnica y en la formación de su conciencia artística, pero no en otra cosa. En la primera composición de su libro habla de sus tres grandes devociones: Fray Luis de León, Góngora y Darío. Son las tres eras que cultiva con más cariño en «su jardín»; pero jamás las rosas en que allí esos ingenios florecieron contribuyeron directamente con influencia alguna a formar ese magnífico *bouquet* de poesía que se llama *Gleba*. No es Max Jiménez un poeta de biblioteca; la parte puramente intelectual de su obra está limitada a lo estrictamente necesario, y en esto está en la buena tradición de las letras castellanas. Pocas citas hay en su libro; la mitología casi no se menciona, la evocación de los grandes ingenios del arte, aparte la mención hecha en el primer verso, no existe. En cambio, en *Gleba* la naturaleza con todas sus bellezas y toda su ingenuidad está de cuerpo presente. La describe constantemente y la evoca a cada paso para que venga en su ayuda a la definición de sus sentimientos; así un día el poeta cree sentirse como un árbol que ha quedado sin hojas y su esperanza le parece un

> botón-promesa,
> que no cuaja en flor.

Yo he recorrido a menudo en su compañía la capital francesa. Algo que me prueba la espontaneidad de su arte ha sido el haber encontrado en su libro muchas de las observaciones que él me hiciera durante esos largos paseos. Es difícil encontrar un espíritu más fino para descubrir en el paisaje la metáfora y una sensibilidad más exquisita para expresarla. *Gleba* no es sino un compendio parcial de esa observación cotidiana; parcial digo, porque el poeta no hay duda que ha vivido muchas *Glebas* que se quedarán tal vez, desgraciadamente, para siempre inéditas.

Hay en *Gleba*, a mi manera de ver, dos épocas: una, la primera, compuesta creo yo, de versos escritos principalmente en Costa Rica, en que su poesía es sobre todo objetiva. El paisaje es quien ha inspirado en esta época casi todos sus versos. El poeta hizo suya aquella sentencia de Gautier; él es un escritor para quien el «mundo exterior existe». La segunda época es más subjetiva, la gran ciudad ha aguzado su espíritu, el paisaje tranquilo ha desaparecido, París le ha puesto sus «nervios en guerra», como diría Rubén Darío. A esta última manera corresponden probablemente casi todos los versos escritos en París.

No siempre esta división es exacta: hay momentos en que esos dos aspectos de su obra se confunden. Jiménez, gusta de comulgar íntimamente con la naturaleza como Madame de Noailles; éste podría muy bien ser un tercer aspecto de su obra, en el cual la descripción del paisaje se vuelve muy subjetiva. De este deseo de mezclar la naturaleza a sus estados de alma tenemos muchos ejemplos en su libro y es justamente en ese momento cuando su poesía es más tersa, alcanzando la mayor fuerza emotiva. Así en la primera composición del libro confiesa el poeta poseer un jardín...

> Yo tengo un jardín en el pasado...;

un jardín en que le parece haber encontrado tranquilidad y reposo:

> Un jardín que ya libre de tragedias,
> aroma la existencia sin dolor;
> un jardín ya libre de comedias
> en que existe aroma, sin haber color.

En este verso es donde está más patético su deseo de mezclar la naturaleza a su vida interior. En el mismo jardín cultiva varias eras donde florecen las rosas de sus poetas preferidos.

> El gran Fray Luis tiene su era...

y

> también don Luis de Góngora y Argote
> entre piedras está.

El poeta de Nicaragua tampoco escapa a su admiración:

> veréis que allí en la sementera,
> florece eterno su *Automnal*.

Esta composición titulada *Mi jardín* es una de las más bellas que contiene el libro; guarda una frescura y una serenidad admirables. Realmente que no hay nada más acogedor que la naturaleza para confiarle nuestros propios sentimientos. Hugo también la buscó para confidente al escribir su poesía *A Villequier*, lo mismo que Lamartine al componer *El Lago*.

El mismo aspecto domina en su poesía *Gris*. Una poesía compuesta en versos cortos, en la que al final de cada estrofa subjetiviza el paisaje.

> El día gris
> por el gris del alma mía...

En la última estrofa vuelve a su jardín en el pasado:

> en la flor
> melancolía
> que ha brotado en mi jardín...

Otra poesía en el mismo estilo es la titulado *He quedado sin ramas*, en la

(Pasa a la página 13)



Max Jiménez

Divagando sobre poética

(Envío del autor)

Para escribir en metros determinados, digamos: silvas, romances, seguidillas, rondós, se necesita habituarse al metro en cuestión, y tal costumbre habrá de traer por fuerza, una manera, que acabará por hacer del poeta un esclavizado obrero.

El verso libre es la piedra de tope de todos los artistas del ritmo; el que no es poeta, bogando en la libertad fracasa irremediablemente.

Los dos primeros versos, como dice Alfonso Reyes, son la chispa que prende la pólvora; hay muchos poemas que no hemos escrito—(y que sin embargo hemos concebido)—porque nos faltan los dos primeros versos.

Mi amigo Viceno de la Llave me decía hablando de lo antiguo y lo moderno: «Mire Ud., por un tiempo acostumbraban las damas llevar una moda que llamaban neglige, que era algo así como hacerse un peinado clásico de cuatro horas, y luego deshacérselo bruscamente».

¿Hemos de sacrificar una idea, por meter en cinco, siete u once sílabas un verso? ¿O acaso los versos son pasteles que hay que rellenar hasta una medida uniforme? Hablo de los ripios.

Todo lo que se dice en una composición poética no tiene la misma emoción, y entonces, llamemos ritmos accidentales a los que se apartan del movimiento general del poema; y así tendremos en el movimiento general de las aguas, el raudo vuelo de un ave o la estática de una isla.

Hay fórmulas que hacen versificadores, los poetas dan las fórmulas.

La rima tiene sus ventajas y desventajas, nos proporciona a veces verdaderas sorpresas, pero en la mayoría de las ocasiones torciendo nuestro pensamiento por forzoso cauce. Sin embargo, un pensamiento sometido a ritmo y rima, estalla en un conjunto que es una verdadera explosión lírica.

Dice Paul Valery: Cuántas cosas nos da una fruta!, alimentos tan varios condensados en su exquisito sabor! Cuántas cosas nos deja la poesía...

Max Jiménez París, 1929.

Las Bodas de Plata de Manuel Ugarte

(Envío del autor)



Por *Vazquez Díaz.*

Como era Ugarte en 1912, cuando pasó por Costa Rica. Por cierto que en aquellos días alarmantes, pero más erguidos, lo presentó a la muchedumbre Omar Dengo, y pagó el local de la conferencia (₡ 75 de colones y en el Frontón Betti-Jai) el Sr. García Monge.

Bodas de Plata con la idea, espirituales como las del Santo de Asís con la Pobreza. Esta frase hecha, *Bodas de Plata*, tiene un terrible sentido burgués y materialista, de satisfacciones vulgares, de alegrías caseras, y la misma palabra *plata* evoca no sé qué idea económica y monetaria. Es que el noble metal blanco como la luna, maleable como el oro y más fuerte que él, la civilización lo ha envilecido convirtiéndolo en pecunia.

Las *Bodas de Plata* a que hoy nos referimos, han tenido una sencillez escueta, como casi todos los actos trascendentales. Debajo de la pompa, tras del aparato, tras de las solemnidades de bambolla no se encuentra nunca nada. En cambio, el gesto, unas palabras o un apretón de manos que cambien unos hombres, pueden influir eficazmente en el destino humano. Ayer, 26 de octubre de 1929, a la hora en que el crepúsculo suaviza la vida, un grupo de hispano-americanos hemos acudido a la casa de Manuel Ugarte, llevándole en un pergamino miniado un homenaje de adhesión a su campaña antiimperialista en la América Española, con motivo de cumplirse el XXV aniversario de su iniciación. Las *Bodas de Plata*, que diría un cronista de sociedad. El suceso era para festejarse, a lo grande, como una efeméride de la Independencia. Pero Ugarte no ha querido nada, y todo se ha reducido a esto: fuimos a verle unos cuantos hispanoamericanos, pocos, no digo sus nombres, aunque todos, menos el cronista son de verdadera valía, para que así quedemos como los hispano americanos innominados, tributando al Apóstol el homenaje de todos los hombres libres del Continente.

Ugarte estaba de pie, erguido y sereno, en medio de su despacho atestado de libros. Su admirable esposa le alumbraba como un gran resplandor. No hubo discursos, que hubieran sido inoportunos ante un auditorio de convencidos que cabía holgadamente en una pequeña sala. Uno de nosotros, el que tenía en ese momento el pergamino, se lo entregó a Ugarte, casi sin palabras. El Maestro lo tomó con un gesto agradecido. Se leyeron telegramas y mensajes de adhesión, de personalidades representativas en las diversas zonas del pensamiento de la raza. Tampoco pongo nombres para que estas voces queden como un clamor. Luego se habló de Hispanoamérica con las voces maceradas en saudades de hijos alejados de su madre. Y se libó la copa de champaña, inevitable y ya habitual en todos estos casos. Y nada más.

Pero ello significaba que hace cinco lustros un hombre inspirado, genial, ceñida a su pecho la coraza adamasquinada de las más altas virtudes, se irguió en el Nuevo Mundo señalándole a la raza su verdadero destino. Antes de él se oyó en el Continente de Isabel de Castilla, como una anunciación inefable, las palabras proféticas de Ariel. A partir de él, la América nuestra comienza a darse cuenta de su situación y empieza a organizarse para la defensa.

Volvamos la cabeza a la ciudad muerta de la Historia para ver la influencia que han tenido los hombres de pensamiento y acción de América sobre los rumbos de la Patria Grande. Hay que partir, desde luego, de la Colonia, en donde cuajó nuesta verdadera nacionalidad, ya que hay solución de continuidad anímica entre nosotros y los aborígenes de América. Las figuras de la Colonia son casi todas teológicas, tomísticas, doctorales, conceptuosas y gongorinas. Ellas saben mucho del cielo, del purgatorio y hasta del infierno; pero nada nos dicen de la tierra, menos de *su tierra*. La divina Sor Juana de Asbaje, Ruiz de Alarcón, «el Peregrino indiano», «el Pensador Mexicano», Jacinto de Hevia, el Padre Aguirre, Medrano, Domínguez Camargo y Espinosa, fueron unos españoles nacidos en América que vivieron su poético sueño en las beatitudes de un quinto cielo. Luego vienen los hijos espirituales de los Enciclopedistas y de la Revolución Francesa, los que prepararon la Independencia, que gestó en sus cerebros con un carácter eminentemente político, porque ellos no alcanzaron a separarse de la pauta francesa, que ningún sentido social tenía, manteniendo en este punto los postulados de bronce del Derecho Romano. Santa Cruz y Espejo, Mejía Lequerica, Simón Rodríguez, Nariño, el Padre Mir, Pedro de Peralta, Camilo Henríquez, el Deán Funes, Pablo de Olavide, todos los escritores de fines del siglo XVIII, en suma, atendieron sólo al sentido político de una transformación que instaura en América el régimen republicano democrático, basado en la famosa Declaración de Principios de 1789. Vienen después los Libertadores que, después de todo, poco libertaron: el Cura Hidalgo, Morelos, Miranda, San Martín, Belgrano, O. Higgins, Artigas. y el más grande de los héroes y pensadores de todos los tiempos en América: Bolívar. Estos hombres epónimos, tras de esfuerzos sobrehumanos, logran despedazar el gran Imperio Español para construír con sus fragmentos Estados autónomos, con plena soberanía. Partieron, en nuestro concepto, de un principio falso: se imaginaron que cada una de las fracciones en que estaba dividido el Imperio Colonial de España era una entidad aparte, completamente desligada de las demás. En ese tiempo de tan difíciles comunicaciones dieron una enorme importancia al factor geográfico. Confundieron Estado con Nación y creyeron ver en cada soberanía una nación distinta, cuando no hay ni puede haber tal cosa. El esfuerzo descomunal de España actuando fecundamente tres siglos sobre el Nuevo Mundo, hasta quedarse aniquilada, constituyó en Ultramar una inmensa nación global, total, con todos los atributos esenciales de la nación, tales como unidad geográfica, unidad de raza, (tomada esta palabra no en su sentido material sino cultural), de religión, de lengua, de literatura, de costumbres, de gustos, de anhelos y de aspiraciones. Se constituyeron así las que, al principio del pasado siglo, se dio en llamar *patrias bobas*. Bolívar con su genio fulgurante vio el peligro que corría su obra y quiso rehacer el Imperio Español, incluso con la misma España, pues su programa lo amplió, proyectando una expedición americana a la Península para derrocar el infame régimen de la Monarquía degenerada. A este pensamiento obedeció la convocatoria del Congreso de Panamá, en 1827. Trataba de formar la famosa Liga Afictiónica de todos los pueblos del Nuevo Mundo. Desgraciadamente ya era demasiado tarde: unos años, que todavía se podían contar con los dedos, habían bastado para que las ambiciones de los pretorianos crecieran monstruosamente como mandrágoras. La unión era imposible; los caudillos bizcos estaban intoxicados de ambición y mandaban, de hecho, más que el Libertador. Se atentó contra su vida en Bogotá, en una noche nefanda. El genio de América se alejó con asco de la farsa política, en cuyo tinglado él hubiera podido, si le hubiera dado la gana, lenvantarse un trono. Pero él era superior a todo y a todos. Se alejó deshecho, roto, pobre, como un peregrino, yendo a acostarse, a morir, de angustia y de dolor, en la hacienda de un su amigo español.

Los maestros del pensamiento americano, los forjadores de su ideología como Sarmiento, Alberdi, Vigil, Hostos, Montalvo, Lastarria, González Prada, Altamirano, Guillermo Prieto, Justo Sierra, Pérez Triana, Carlos Arturo Torres, enfocaron ante todo el problema político. Fueron los misioneros del

Liberalismo en América. Los obsesionaba la difusión de lo que ellos mismos llamaban las «nuevas ideas», y las predicaban en el Continente desde la tribuna, desde el libro y, sobre todo, con la acción de sus vidas ejemplares. Ellos hablaban para América; pero manteniendo dentro de las fronteras de sus respectivos países, las unidades políticas desvinculadas entre sí. Pero resultó que el glorioso templo de las libertades carecía de base, ya que todas las instituciones jurídicas tienen que fundarse sobre los cimientos de la Economía. Y esta economía estaba falseada en la América Española. Las grandes fuentes de riqueza habían ido, poco a poco, cayendo en manos de compañías americanas. Los hispanoamericanos teníamos que trabajar para ellas. Por tanto, nuestra vida misma venía a depender de Norte América, ya que no puede haber existencia libre sin libertad económica. Tras de la absorción económica, tenía que venir, y está viniendo, la absorción política. Y esto es gravísimo para nuestra existencia misma, porque se trata de la lucha de dos grandes grupos humanos con concepciones diametralmente opuestas sobre las cosas más grandes y las más pequeñas cosas de la vida. Está en peligro todo el porvenir de la raza española en el Nuevo Mundo. El primero en verlo fué Rodó, como en una revelación profética. Entonces alzó su vuelo el ángel de Ariel, símbolo supremo de la redención de América.

En esa hora augural, bajo el pórtico de adelfas que se abrían, de este siglo de todas las tragedias, cuando aún estaba fresca la tinta con que se había firmado la Enmienda Platt, cuando Roosevelt acababa de cazar a Panamá y se empezaba a arrancarle la lengua a Puerto Rico, un joven predestinado, surgido del Plata, con todas las gallardías y todos los arrestos de un paladín de la Cuaderna Vía, lanzó su admonición al Continente. Desde entonces, en veinticinco años, no ha cejado un solo día en su campaña anti-imperialista y libertaria. Toda esta labor formidable ha cristalizado en libros que son como Evangelios de la América Española: EL PORVENIR DE LA AMÉRICA LATINA, EL DESTINO DE UN CONTINENTE, LA PATRIA GRANDE, MI CAMPAÑA HISPANOAMERICANA. Consciente de su árduo destino, este hombre apostólico ha sacrificado a su ideal todo. Se ha dado por entero. Sacrificó su hacienda: nació rico y ahora vive de lo que produce su pluma. Sacrificó su carrera política: renunció una senaduría en el Parlamento de la Nación Argentina para lanzarse a su cruzada de unión. Quiso sacrificar su gloria literaria: poeta, novelista, cuentista, ensayista, en todos estos ramos eminentes, él no dá mayor importancia a las obras de esa clase, poniendo toda su alma en las otras, en las de política continental.

Ante una misión apostólica de esa magnitud, que parece un empujón de la providencia, yo he preguntado a Ugarte:

—¿Como fué, en donde le fué revelado a usted el peligro formidable para la América Nuestra?

Me ha contestado:—«Fué en el Paso, en el lugar fronterizo entre ellos y nosotros. Yo era muy joven, vivía con mis padres en París, rodeado de los halagos de la fortuna; pero eso no podía satisfacer las inquietudes de mi espíritu. Partí para México por la vía de los Estados Unidos, a estudiar el país en sus variados, interesantísimos aspectos. Me detuve en la frontera y pude apreciar en toda su magnitud la terrible tragedia del choque de las razas. La nuestra estaba depauperada, sin arrestos para la lucha por la vida. La de ellos estaba pletórica; pero más viva brillaba en los ojos de los nuestros la luz de la inteligencia. La salvación era, por tanto, posible. Los yanquis se imponían como amos, trataban a puntapies a los nuestros, les explotaban y pretendían ejercer dominio en nuestras tierras. La dictadura porfiriana les había entregado gran parte del subsuelo de México y, por lo tanto del suelo, ya que el que posee la una cosa tiene que poseer la otra. Lancé la mirada por América: los cobardes caciquillos de Centro América estaban de rodillas temblando ante el amo. Panamá era, de hecho, una posesión yanqui. Cuba había perdido la efectiva libertad política con la Enmienda Platt. Puerto Rico había sido entregado como un cordero expiatorio al gigante que promovió a España la más injusta de las guerras. El tirano Castro de Venezuela había puesto en manos de los yanquis grandes empresas nacionales. Colombia estaba mutilada y ultrajada por el Tío Sam. El Ecuador encargaba la construcción de su primer ferrocarril a una empresa norteamericana. En el Perú y Bolivia se habían apoderado ya los yanquis de casi todas las minas. Quedabna indemnes, en ese entonces, aparentemente, Chile, y los países del Plata. Si yo hubiera sido un nacionalista, como argentino, no me hubiera preocupado del problema; pero yo me he considerado siempre como ciudadano de la patria continental. La voz de alarma la di desde el diario *La Epoca*, de Madrid, el prestigioso periódico de la capital española, al que envié una serie de artículos de política antiimperialista. La aparición del primer artículo fué en el número correspondiente al 26 de Octubre de 1904. Amigos míos que, como usted han seguido con devoción el curso de mi labor, me han preguntado aquella fecha y han tenido la bondad de festejarla con este homenaje que yo les agradezco con toda el alma».

Mucho se ha hecho en veinticinco años; pero es mucho más lo que queda todavía por hacer.— Ugarte tiene los entusiasmos del primer día, avivados por un cuarto de siglo de lucha. Las cosas han cambiado en nuestra América. Ya tenemos una dirección. Ningún hombre que aspire a influir con su espíritu en los espíritus de los otros hombres puede dejar de estar con Ugarte, que cuenta además con todos los estudiantes de Hispano América y con las masas obreras, es decir, con el cerebro, con el corazón y con el músculo de la raza indoespañola. Los que se oponen a los ideales de la Unión Continental son las viles oligarquías y las dictaduras vendidas al oro yanqui. «He llegado al convencimiento, ha añadido Ugarte, de que con la organización política y social que en este momento priva en América, es imposible oponerse al imperialismo que esas oligarquías fomentan, aplauden y bendicen. Hay que cambiar absolutamente la organización social de América. Con el feudalismo que aún reina en la mayoría de nuestros países, es imposible ir a ninguna parte, porque los caciques dependen de Wall-Street y Washington les sostiene. Hay que ir con las extremas izquierdas, con todos los oprimidos en esta lucha de vida o muerte. Debemos unirnos con todos los oprimidos del Universo hasta conseguir la liberación de América. La misma Revolución Social que, en sí misma es un fin supremo, yo la supedito y la considero como un medio para acabar con los imperialismos, sobre todo con el norteamericano, el más odioso de todos».

Esto fue lo que me ha dicho Manuel Ugarte la tarde aquella en que caían sobre su cabeza cinco lustros de lucha, como cinco coronas de victoria. El apóstol está en plena madurez, con los arrestos magníficos de su segunda juventud y dispuesto también a celebrar las Bodas de Oro y las de Platino y las de Diamante con la magna causa a la que ha dedicado su vida predestinada. A él le cabe ya la gloria de contemplar transformados en el sentido de su idealismo la conciencia de América: México está erguido y altivo como nunca. Su probable Presidente, José Vasconcelos, ha dicho: «Yo quiero ser Presidente de los Estados Unidos Mexicanos para realizar la Unión Hispano Americana, aunque sea a la fuerza, derrocando a todas las dictaduras traidoras vendidas a los yanquis». En Cuba, los Estados Unidos desocuparon la Isla de los Pinos. En Puerto Rico, han concedido al idioma español igual oficialidad que a su propio idioma, el inglés. De Nicaragua hizo lo que pudo por echarlos Sandino. A Colombia le dieron satisfacciones y veinte millones de dólares por Panamá; lo cual es tan judío como pagar una vigésima de centavo por el mejor barrio de New York. El Ecuador logró rescatar su ferrocarril y no les debe un céntimo. Los puntos negros son Venezuela y Perú con sus dictaduras sometidas y sostenidas por la diplomacia del dólar. En Buenos Aires se recibió con silbidos a Hoover. La Alianza Continental y la Unión Latino Americana de la Argentina, designaron, por unanimidad, a Manuel Ugarte como su representante al último Congreso Anti-imperialista. Y podíamos citar más hechos, otros hechos que constituyen también una gran esperanza, surgida de las semillas arrojadas en el ancho campo de América por Ugarte, magno sembrador de esperanzas.

César E. Arroyo

Marsella, 1929.

Estampa lírica

El caso ejemplar de Marion Talley



Marion Talley

En los 19 años, con el mundo de la opera a sus pies.

Demos hoy la *Estampa* lírica. Sopla el viento de verano y remueve recuerdos de niñez y de juventud. No son por cierto de una dulzura codiciable. Son, sí, recuerdos que han puesto en nuestro espíritu la disposición de contemplar el mundo a través de una ansia filosófica. ¿Qué hay en el hombre, qué hay en las cosas que deba exaltarse para que dé luz o condenarse para abatir una ponzoña? Esto nos preguntamos siempre que la vida nos pone a reflexionar en ella. Se disfruta así de una serenidad que hace claro el discernimiento.

Estamos bajo el influjo removedor del viento de verano. Siguen nuestras reflexiones el rumbo alegre de una alma juvenil que abandona de pronto el escenario a donde llegan desatinados los aplausos, para buscar el sosiego del campo. El mundo de la opera, de la opera del Teatro Metropolitano de Nueva York, se ufanaba de haber convertido en astro a Marion Talley. Un astro de diecinueve años con una voz admirable. Lo lucía la empresa explotadora y confiaba seguirlo viendo fulgurar sobre aquel escenario, sin opacarse los reflejos, creciendo en belleza y esplendor. Marion Talley sería una gran constelación y la Opera la pondría a dominar toda su gloria. El público seguiría llevándole el aplauso estruendoso. La prensa imprimiría halagos y le haría espontaneamente la publicidad en la forma en que sin interés de lucro alguno venía haciéndola. Y ella sería proclamada muy enseguida reina o emperadora del Canto. Le haría el mundo un trono suntuoso para que su gloria se mostrara insolente y fuerte. Imprimiría el rumbo a la moda femenina. Llenaría de seguro una época entera.

Cómo estaba lleno de halagos el porvenir artístico de Marion Talley! Las redes habían caído para circundar su vida. Y empezaban a apoderarse de ella por el lado absolutamente vulnerable en el alma femenina: la vanidad. Su voz no era ya discutida. Era una consagrada. Y no por el favor de nadie. A su garganta no había bajado a anidarse el demonio que impone tanta mentira y tanta cosa absurda al mundo. Cuando de ella salieron notas puras, como las que da al gorjear el pájaro, sus padres la hicieron buscar en Italia el modelador que desentraña con amor y dominio la cuerda sonora. El conservatorio la dió armada para una batalla en la cual es preciso llevar la delantera desde que allí se entra. Y se enfiló sin el pie de amigo comprometedor, alumbrándose con la admiración común que convergía hacia ella.

También caía sobre Marion Talley el halago poderoso del lucro. El teatro le daba el contrato enriquecedor, las empresas de discos le ofrecían tesoros, las asociaciones de radio-difusión querían que su voz fuera por los aires transformando en oro el misterio de las ondas. Mas este halago avasallador no la redujo tampoco a la esclavitud dorada del escenario. Se enfrentó sin vacilaciones y dejando tras sí un mundo estruendoso que le había tendido sus redes para retenerla a perpetuidad, tomó con serenidad el rumbo del campo.

No sabemos si estamos bajo el influjo de un padecimiento romántico cuando nos ha movido a la admiración la vida de Marion Talley. Es posible que sintamos su actitud a través de las emociones que nos va despertando el viento de verano. Son emociones de un mundo hace años ido. Tendríamos que reflexionar en ella poseídos de las sensaciones de la vida actual. Sin embargo, como es la nota lírica la que anima la *Estampa* de hoy, admiramos a Marion Talley revelada contra tantas cosas que dan gloria y sumen en los laberintos de la fama. Un alma pura a quien no cautiva el automóvil ni las demás holganzas del ruedo civilizado: «Vivo como siempre he vivido, muy sencillamente. Y no necesito nada más. Por ejemplo nunca hemos tenido automóvil. La gente cree esto extraño, pero nunca hemos sentido la necesidad de ese vehículo». Por aquí nos lleva como por atracción imantada, toda la admiración esa vida pura de artista. Si hoy para millares de mujeres el automóvil constituye el torbellino de la civilización. No dejarse coger por él es ponerse a un lado del progreso. Y el progreso va sosteniendo en sus brazos a la moda. Y una mujer, y también un hombre adamado, no puede negarse nunca a recibir el influjo de la moda. Y sobre todo de la moda que precipita a los practicantes a multitud de sacrificios. Por eso Marion Talley debe parecer una cosa de museo a la población femenina del mundo. Tener tesoros dentro de su garganta y no sacarlos para que la moda se alimente y no se vuelva mustia por los siglos de los siglos.

Y todavía más anticuada aparecerá su vida ante esas generaciones femeninas en su actitud de pedir a su garganta nada más que el oro necesario para llenar una de las vocaciones ciertas que venían alentándola. «Una finca es la razón de mi abandono del escenario», dice cuando el lugar común la hostiga a aceptar como causa de su retiro, la aventura amorosa o la pérdida de la voz. He aquí a la campesina, dirían las dañadas con su repudio de los caminos de la pompa. He aquí a la mente agraria, dirían los adamados insufribles, costras de las ciudades y de los clubs.

Pero Marion Talley no ha tenido que sacrificar nada a su vocación. «Cuán duro es explicar cuando honradamente no puede uno ver que es lo que necesita explicación. Sentimos tan simple y natural esto que los demás ven en nosotros llenos de sorpresa». Así habla cuando viste el traje de sembradora y la obligan a recordar el desacato que ha hecho riñendo con un porvenir lleno de suntuosidades. No se desahoga, que es lo que quisieran verla hacer los que la admiraron cantando ópera tras ópera. El escenario fué para élla un paso. En él la vida caía artificialmente.

Mientras que aquí, sobre este otro escenario de la tierra arada, la inspiración para su voz le viene naturalmente de los cielos. El sol y las lluvias no tendrán el estruendo de los aplausos teatrales, pero si llegan después de un canto suyo, es seguro que harán más fecunda la tierra de su finca y cuajarán frutos más jugosos y nutridos. Ella sembrará trigo y maíz y ordeñara las vacas. Quiere vivir de la tierra, dirigir con sus padres su propia producción y conquistar así un dominio de la vida. Construirá una casa en donde se pueda vivir sintiendo que se es una criatura de los dioses porque todavía no la han envuelto esos aspectos de la civilización del fumado y de la bebida.

Cuanto más pensamos en esta vida de mujer más nos complace exaltarla como ejemplo de tanta generación alocada y sin rumbo. «No necesito para mi felicidad el aplauso y la aclamación inherentes a la vida pública». Esto lo declara sinceramente, pues no es una fracasada aventada al campo en un repudio implacable del mundo en que vivió para no dejarse retener. Piensen en ella tanta vida como ambula sin sentido. La vida no da su felicidad en esos recodos engañosos del aplauso que resulta de la ostentación. El recato se pierde en los salones vanos y estúpidos. Es claro que los halagos de esa vida son innúmeros y se prenden blandamente al alma humana. Pero no da sino amarguras. ¿Qué pueden oponer esas generaciones atolondradas a las tentaciones de la vida social? Un espíritu tan sutil como el de Marion Talley la repudió y no quiso exponer su garganta armoniosa a las veleidades de un mundo necio. ¿No es acaso su vida edificante?

Cantará para la tierra y esta se acaudalará de sol y de humedad. Y así habrá Marion Talley dado un sentido profundo a su vida que no se dejó retener por los halagos del escenario.

Juan del Camino

San José. Enero de 1930.

Poesías de Max Jiménez

= De la obra *Gleba.* Editorial Le Livre Libre. París. MCMXXIX =

Paño de lágrimas

Se hace paño de lágrimas el suelo,
manos que acopian de la lluvia el duelo
en que hoy parece desahogarse el cielo.

Una ave entre la lluvia deja...
cual eco de una queja...
el ritmo en que se aleja...

Ojos de cara rubia,
que el llanto enturbia:
cuelga en el paisaje velos la lluvia.

No es en lluvia, es en llanto
que los cielos al valle están regando.

Mi isla

Ya el fastidio de cálculos me agobia;
henchir mis velas, dejar quiero a la suerte.
Tal vez reclinándome en mi suerte
encontrará esperanza su alba novia...

No me importa la tierra a que el azar me [lleve,
la isla a donde llegue será la isla Fortuna.
Sin esperar natura que prenderme en las [sienes,
un árbol y una fuente: a mi ambición rehenes.
Y brújula de suerte, hará el camino breve,
a la paz y al contento de mi isla Fortuna...

(Ya que el fastidio de cálculos me agobia...
henchir mis velas dejar quiero a la suerte,
tal vez reclinándome en mi suerte
encontrará esperanza su alba novia...)

De otoño

El jaular se ha vestido de otoño,
sus hojas marchitas se van con los ríos,
vestigios de alguna ascendencia,
que trasmite a los jaules,
en su savia, herencia
de hermanos lejanos
que azotan los fríos.

¿Acaso es orgullo de árboles,
y de oro se visten
al quedar desnudos
los altivos jaules...?

¿Tal vez de sus hojas
simula hacer llamas
que ofrenda a los ríos
en pago a sus aguas...?

El jaular en su túnica de oro
desprende a las aguas
mensajes de otoño,
aquí en esta tierra
que se baña en sol.

¿Mis esperanzas?

Era de ojos azules,
profundo azul del mar.
Diez años han pasado
por el mismo lugar.
El mismo viejo árbol,
el mismo viejo mar.
El pueblo ha progresado...
(La vista se me pierde
en el azul del mar.)
Diez años han pasado;
no anidó mi esperanza,
errante aun está.
Ojos grandes azules,
ya no azul del mar...

¡Ah, si él hubiera visto!

¡Ah, si él hubiera visto
los ojos encarnados
que lo han llorado tanto!

¡Si él hubiese oído
las tantas objeciones
empapadas de llanto!

Si sólo él supiera
el vacío que ha dejado
la ausencia que da espanto.

Si lo hubiese él sabido...

Un rayo de ilusión

Al hombro fardo
de esperanzas lleno;
botón-promesa,
que no cuaja en flor;

mas... trazos van quedando
al margen del camino,
que va dejando impresos
un hijo del destino.

La carga se aligera
al fulgor de una estrella
que irradia en promisión,
y enciende en el agobio
un rayo de ilusión.

Oídos del mundo

Oídos del mundo,
esqueletos del ruido;
torres, hospitalidad
de vibraciones...

¡Torres,
estación de ondas peregrinas,
unión de continentes,
portavoz de los mares!

Hombres de cien metros,
para soporte de la eterna
tragedia de la tierra,
hechos sin entrañas.

Torres solitarias,
auxilio de los náufragos,
sostén de los guerreros.

Torpes de ondas y de chispas.
oídos del mundo,
esqueletos del ruido...

Dolía el perfume de algunas flores

El dolor hizo presa en la pobre chiquilla,
pequeña para tanta pena...

El dolor es más triste en los tristes,
lloraba en presente, el pasado y futuro.

El dolor estaba entre cuatro paredes,
y colgaban miradas enrojecidas,
dolía el perfume de algunas flores.

Hizo alto la desgracia en un infeliz.
Más duele el dolor de los humildes.

Se sembró el vacío,
se quedó sin nadie,
con sólo su pena,
entre cuatro paredes,
y en forma de coronas
dolían unas flores...

Trabajo de serviles

Trabajo de serviles,
obstáculos de marcha,
agazapados, viles,
del mundo negra mancha.

Recurso de la envidia:
restar mérito al mérito,
hijos de la perfidia,
doctores del descrédito.

Guardáis en vez de alma
veneno en las entrañas;
os turba quien en calma

desprecia vuestras mañas
y sin hacer alardes
os dice a voz en cuello: cobardes.

Del dolor

Y allá en los palacios señoriales,
en donde habitan las herencias reales,
de lujo vestido se llegó el dolor;
nada pudo la sangre,
nada el amor.

Y a las casas lujosas de los poderosos,
del dinero dueños y de campos lujosos,
de oro vestido se llegó el dolor;
impotente fué el dinero
de todo gran señor.

Y en la pobre casa del valle y la montaña
donde el trabajo brinda lo que la tierra [entraña,
de harapos vestido habitó el dolor;
inútil la humildad
del Santo Labrador.

Fué a palacios reales;
descendió a los valles,
repartió sus males,
por toda la vida, el dolor.

Manos

Manos toscas de trabajo,
manos de pobre salario,
manos que han sido estropajo,
deuda del progreso diario.

Manos de ojos marchitos,
manos de humildes quehaceres,
manos de hilo y de aguja,
manos de pobres mujeres.

Manos caritativas,
manos de santa hermandad,
manos puras, sensitivas,
manos de la caridad.

Manos que bucles enredan,
manos que frentes despejan,
manos de padres queridos,
manos que solos nos dejan.

Manos hechas de caricias
manos largas y sensuales,
pálidas manos enfermas
por los placeres carnales.

Manos que el destino guía
manos de amor y placer,
no se escapa vuestra vida
del dolor de padecer.

Llanto de estrellas

Simple la historia:
dos hombres llevan un ataúd.

Simple la historia:
en la casucha
vivió diez años,
palideció y palideció,
agitó los bracitos
y de la muerte
se abrazó.

Blanco contraste,
de noche negra:
dos hombres llevan blanco ataúd.

Llovizna plata:
llanto de estrellas...

Pero...

¿Verdad que nunca,
nunca me has de dejar?
Porque uno se muere,
pero sigue viviendo.
¿Verdad?

Entre sus gruesas lágrimas repuse:
—No llores.
La muerte es separación sólo corporal,
y hemos de unirnos para siempre
cuando en la tierra es ya la noche
en el azul donde hace siempre claridad.
Y, a solas, en el silencio de la duda:

Pero...

En el café

Se unieron
por la ley del amor,
y corrieron
por días de infinito sabor.

Él trabajaba
y a la casa llegaba
lleno de alegría.

La vida,
descontenta,
tornó
el bien por los males.

El pobre muchacho
en cama cayó
y el mal lo postró.

La amada,
con todo cariño
lo cuidaba,
cual si fuese un niño.

Pidieron en la vecindad,
en el santo nombre
de la caridad;

mas los vecinos,
al fin se aburrieron
y a los dos muchachos
no más socorrieron.

Concibió ella
que con las tentaciones
libraría
a su amante de las privaciones.

Y luchó el mal
con la bondad,
venciendo al fin la caridad.

Fué su bondad
pendiente de mil desvaríos,
degenerando
por el gusto de los atavíos.

Todo esto lo escuchaba
mi curiosidad,
por saber del mundo
la justa verdad.

«Yo no soy mala,
me dice, señor;
aquí en el fango
llevo mi dolor.

»Fué por piedad
del que tanto amaba
que la vida me ha hecho
ser tan despreciada».

Triste historia
del comercio carnal
que hermana
la bondad y el mal.

Y ante esta taza blanca
de negro café,
dudo si hasta en el vicio
existe buena fe.

Y al quitarle al comercio
carnal de la avenida
—la máscara de rojos—,
doliente, abierta herida,
descubro ante mis ojos,
que tiñe de dolor
la farsa de la vida.

Al Presbítero A. H. Pallais

Su libro *Bello Tono Menor.*

Una B que hace mística reja
a la visión tranquila de una lejana iglesia,
y, cual sayal que asila un cándido pudor,
una portada en místico mayor.

En el libro se han grabado
la fe, esperanza y caridad:
hojas escritas de un árbol verdecido
en el fértil terreno de la prodigalidad.

No encontraréis matices
de frágil castidad,
no encontraréis doncellas
que finjan ser estrellas.

Se trata, simplemente,
de un libro escrito en claro azul de cielo,
en el que las palabras levantan albo vuelo.

Fontainebleau

Cedió ante el populacho,
de Francia el gran castillo;
no se abren portalones
al paso de los reyes,
no ocultan ya las verjas
románticas parejas.

¡Qué lejos ha quedado
del noble el poderío!...
¡Oh, cuánto se ha estropeado
el gran Fontainebleau!
¡Oh, cuánto se ha vejado
el lánguido *château!*

Seguido de turistas
un guía cuenta historia:
«Este sombrero negro
es el de Napoleón;
ésta alcoba, de reinas;
aquí fué Josefina,
y esta mesa también
del mismo que en la tierra
hizo papel de León.»

Mas quedan los jardines,
árboles con sus sombras
que Otoño hizo en alfombras
al pie de paladines.

Los amos del gran lago
de aristocracia esencia.
¡Oh, cisnes!
¡Oh, caprichos de mago!
Decís sin reverencia
que mientras haya cisnes
habrá nobles de herencia,
y en toda su entereza
existirá nobleza.

Y... oí por un momento
en las sombras del bosque
como un vibrar de espadas;
el fru-fru de unas faldas
en oro recamadas;
y un suspiro y un ¡ay!

Parece que las puertas
raídas por el tiempo
fueran bocas abiertas
en un gemir por reyes:
por Luises, Napoleones,
por Francisco Primero,
que fue su fundador;
parece que aun clamaran
a España,
como antaño
a aquel gran Carlos Quinto,
amado hijo de Dios.

Mas...
a la entrada dice:
«Prohibidos los almuerzos,
no pasen bicicletas;
los perros, amarrados.»

¡Qué lejos ha quedado
del noble el poderío!
No ocultan ya las rejas
románticas parejas...
¡Oh, cuánto se ha estropeado
el lánguido *château!*
¡Oh, cuánto se ha vejado
el gran Fontainebleau!

El sol se hizo de oro

El sol se hizo de oro
para alumbrar la cumbre;
su luz es noble lloro
que riega mansedumbre
sobre la muchedumbre.

En arco que hace el rio
al pie de la montaña,
reposa el caserío,
y el sol que vida entraña
en suave luz lo baña.

El astro es ya moneda
que oculta el Occidente;
sin luz el pueblo queda
al irse lentamente
el sol por el poniente...

Gleba...

(Viene de la página 8.)

que la naturaleza es de nuevo su confidente:

He quedado sin ramas,
he quedado como árbol
que arrecia el huracán

La estrofa siguiente es tan perfecta que el abate Bremaud bien la hubiera catalogado entre sus ejemplos de poesía pura.

Cual mástil sin las velas
desnudo de esperanzas:
de osadas carabelas
mástil sin velas blancas.

En esta estrofa se puede prescindir de la idea misma que encierra, que sólo por su pureza, por la «emotividad abstracta», si se me permite la paradoja, y en fin, por la musicalidad que encierra, da el efecto, por «pura sensación», de contener todo un manantial de poesía.

La parte en que domina el elemento objetivo creo, como anteriormente lo dije, está compuesta por versos escritos principalmente

en Costa Rica. En ella se delata al antiguo pintor que ha dejado los pinceles por la pluma. No hay en verdad gran cambio. La técnica de Jiménez es la de traspasar a la palabra el arte que antes pusiera sobre el lienzo. Cuidadosamente va avanzando en el verso hasta formar poco a poco el ambiente que se propone descríbir. En esto su técnica es más clásica que impresionista; el conjunto se forma con método y la descripción es cuidadosa, bien coordinada hasta dejar al fin un conjunto armonioso y bellamente combinado. Esta armonía de conjunto domina en casi todo su libro. Bellísimo es el verso en que celebrando las campanas de la tarde, evoca el poeta un magnífico atardecer tropical. La composición es muy rítmica, rematada al fin por una estrofa llena de melancolía:

Mis campanas
son suaves,
son tristes,
no saben de gloria: dicen simplemente adiós..

Otro poema en que están patéticas esas cualidades de composición es el titulado *Los relojes*. Insisto sobre este aspecto que presenta *Gleba* para aclarar un error en que a menudo caen los que comentan la obra de Max Jiménez. Varias veces he oído decir que el autor del libro que hoy nos ocupa es poeta en quien lo que se ha dado por llamar modernismo alcanza su plenitud. Ese método, esa evolución cuidadosa en que avanzan los versos de Jiménez no me parecen ciertamente muy modernistas. Por lo contrario, en el modernismo siempre he creído ver un impresionismo constante, un placer de la sorpresa «pour epater» que no existen en *Gleba*. Por ejemplo, la armonía de composición que se encuentra en la poesía *Los relojes* inclina a pensar en un poeta que quiere hacer obra seria y no alarde de renovación arbitraria. Es su aspiración mas bien «remover la tierra del pasado y dejar nacer en ella su propia semilla». La poesía que ponía como ejemplo lo prueba suficientemente. Lleva por título, como dije anteriormente, *Los relojes*. Evoca primero el poeta los que en lo más alto de las catedrales

anuncian severos
con mazo de hierro
que se van los días,

Los que están en el comercio de las calles son también indiferentes al paso

de tristes,
de lujosos carros,
de pobres vehículos;

Todo eso

lo marca el reloj
que está en la avenida.

El del puerto anuncia partidas y también

arribos que a veces
también traen dolor.

Los de mesa conocen secretos de la vida íntima.

Relojes de mesa,
adornos de casa
que van señalando tragedias
de vida interior.

He transcrito varias estrofas de esta bella poesía para hacer resaltar la evolución que se ha impuesto su autor en sus evocaciones. La emoción va aumentando gradualmente y a cada salto encuentra una agradable sorpresa; mas no sería completa la poesía sin este admirable final, sin esta última estrofa, la más emotiva de todas. Se evocan los relojes que pertenecieron a seres amados:

se apagó la vida de quien los llevaba,
y él sigue
marcando,
en su obligación severa,
el tic-tac del tiempo...

Armonía de la composición, voluntad de hacer labor seria muestra Max Jiménez en su primer libro de versos. Este poema por su conjunto y admirable disposición, aparte el mérito de pura inspiración que tiene, hace que él nos muestre en su autor un poeta conocedor de su oficio que sabe dominar su verso y llevarlo así donde él quiere.

En el otro aspecto, en el cual domina el elemento subjetivo, ha sido impuesto al poeta probablemente por un cambio de ambiente. Al paisaje de su tierra nativa se ha substituido un medio nuevo: el de la gran ciudad europea. A un nuevo espectáculo corresponde una nueva modalidad en sus versos. Su musa ha encontrado un nuevo confidente. El antiguo espectador que tranquilo admiraba la naturaleza en su tierra nativa, se ve ahora obligado a juzgar, a entregar su espíritu al tumulto de mil emociones distintas y complejas, para luego, entre las cuatro paredes de su habitación (ya no en el campo verde y fresco) meditar sobre los grandes misterios. Así ante la vida se pregunta si la otra será parecida.

¿Será la otra vida
tan ciega como ésta?

La inquietud continúa y el terrible enigma le inspira toda una bellísima composición que comienza así:

La vida es llama
que se apaga
al más leve soplo de la adversidad.

La poesía anterior a ésta es también de las mejores. Con ella sigue la duda, más esta vez ya delante del amor.

¿Verdad que nunca,
nunca me has de dejar?
Porque uno se muere,
pero sigue viviendo.

Morir, pero seguir viviendo; la paradoja es original y evocadora;

... cuando en la tierra es ya la noche
en el azul hace siempre claridad.
Y a solas en el silencio la duda:
Pero...

Esa sola palabra puesta al fin del verso lleva tras de sí, toda una fuga de evocaciones. El verso parece extenderse en el infinito.

Lo que más interesa en la obra de Max Jiménez es esa constancia, ese conjunto tan uniforme que tiene su libro. En él se revela toda una personalidad; un sello de inspiración inconfundible tienen sus versos. No es un artista que busca voluntarioso el «trouvaille poético». En su éxodo él no es sino un espectador que apunta y medita. Su actitud en frente del paisaje es muy curiosa. Todo lo que en su camino le inquieta y atrae lo condensa en sus versos, sin buscar el efecto, sin quintaesenciar el motivo. Toda la naturaleza le pertenece fresca y alegre en una sencillez digna de Francis Jammes. De ahí deriva tal vez una muy ligera desigualdad que hay en su libro, porque justamente en su inspiración da cabida a todo; él no busca sino la emoción, sin meditar si el motivo que se la sugiere es suficientemente literario. Libro de un espectador refinado es éste de Max Jiménez. Es el diario de su vida de emociones ante la existencia y ante las cosas. Pocos poetas hemos tenido en Costa Rica, en que esa sinceridad sea dominante. Pocos, casi diría ninguno, para afirmar rotundamente, tienen esa exuberancia de emotividad que tiene Jiménez: todos carecen de ese reflejo maravilloso en que el autor de *Gleba* devuelve en poesías admirables, todo lo que en la vida y en la naturaleza solicita la atención de su inquietud de artista. En ese sentido el autor de *Gleba* presenta un interés único en nuestras letras patrias.

Enrique Macaya Lahmann

París. Dicbre. 1929

Extractos del *Chilam Balam de Chumayel*

Selección hecha especialmente para el *Rep. Am.*, por el Sr. MEDIZ BOLIO.

El llamado **Chilam Balam de Chumayel** *es el más importante de los Códices, propiamente manuscritos mayas, que hasta hoy se conocen. Como todos los otros es una compilación de textos de diferentes épocas y géneros. Generalmente se ha tenido como compilador de ellos a un indio instruido llamado don Juan José Hoil, natural y vecino de Chumayel, según aparece en una nota por él suscrita, con fecha 20 de enero de 1782, en la página 81 del libro; pero es muy probable que aparte del mencionado Hoil hayan intervenido antes otros indios, en la formación del Manuscrito, ya que se puede apreciar que hay distintos caracteres y estilos de letra y aún distintas formas de ortografía.*

La mayor parte de los textos son de índole mística; otros contienen síntesis de relaciones de hechos, aunque también con un sentido indudablemente religioso; otros son cronologías extremadamente sintéticas como las que los mayistas llaman Serie de los Katunes; *hay también interesantísimos fragmentos que muchos han tomado a primera vista por simples colecciones de acertijos y que en realidad no so sino fórmulas simbólicas de iniciación religiosa. La ultima parte del Manuscrito, principalmente consiste en la transcripción de las profecías atribuidas al Sacerdote Chilam Balam y a otros. Del nombre de este Sacerdote Chilam Balam han tomado el suyo Manuscritos Mayas, los que vulgarmente son llamados desde hace mucho tiempo, Libros de Chilam Balam.*

El Manuscrito de Chumayel fué encontrado en el pueblo de su nombre a mediados del siglo XIX *y entregado al egregio Obispo don Crescencio Carrillo y Ancona, eminentísimo historiador, en cuyo poder estuvo hasta su muerte. Se sabe de una copia hecha por Berendt's en el año de 1868 y varios fragmentos de esta copia fueron publicados por Brinton en sus* **Maya Chronicles**. *Después de la muerte del señor Obispo Carrillo y Ancona, su albacea don José Dolores Rivero Figueroa, permitió al ilustre sabio don Teoberto Maler, fotografiar página por página el valiosísimo documento y no sé si antes o después el señor G. B. Gordon hizo también una reproducción fotográfica del mismo Manuscrito que le fue facilitado por don Audomaro Molina y que se editó en 1913 bajo los auspicios del University Museum de Filadelfia. Esta magnífica reproducción, es la que hoy, afortunadamente, permite el estudio del Manuscrito, ya que el original desapareció de la Biblioteca Cepeda de la Ciudad de Mérida, en donde fué depositado*

después de la expropiación que de él se hizo al albacea del señor Carrillo y Ancona por el año de 1916.

Es muy de lamentarse que el señor Carrillo y Ancona, cuya autoridad en asuntos mayas y sobre todo en el idioma fué indiscutible, no hubiese hecho una traducción completa del Manuscrito. Las traducciones fragmentarias incluídas en la obra de Brinton son, por razón natural, muy deficientes y se reducen a las páginas de cronología, brillantemente traducidas después por Juan Martínez Hernández. Por lo general ha sido desdeñado todo lo demás del libro con excepción de alguuas de las profecías (ya traducidas, con los errores de la época, por el Padre Lizana, quien tomó el texto de repeticiones orales hechas por los Sacerdotes indios contemporáneos de la Conquista).

Sin duda alguna, los textos del Chumayel, más o menos adulterados, provienen directamente de antiguos cantos o relaciones poemáticas que de padres a hijos fueron bajando, repetidos de memoria, hasta los días de la dominación española, al principio de los cuales algunos de los indios que aprendieron a escribir con los caracteres europeos, (probablemente Sacerdotes) consignaron sigilosamente por escrito tales relaciones, con objeto de que no se perdieran en definitiva. Estos Manuscritos, formaron así, nuevos Libros Mayas devotamente conservados en secreto por sus privilegiados poseedores, según la liturgia tradicional maya que hacía de los Analtes *o Libros, cosa santa y oculta.*

Un estudio lento y cuidadoso del **Chumayel** *me hizo encontrar en él cosas tan interesantes y tan llenas de belleza, que me determiné a emprender la difícil tarea de ir vertiéndolo al castellano, para entregarlo en próximo volumen* (1), *al examen y a la discusión de los hombres interesados en esta clase de asuntos y que no conocen la vieja lengua del Mayab.*

Al ejecutar este trabajo, amoroso y humilde, he hecho los mayores esfuerzos por producir una traducción lo más fiel posible, a fin de conservar hasta donde cabe, el espíritu y la ideología del texto, sin afectar, de nuestra mentalidad moderna y europea, ni la esencia ni la forma maya. Con este procedimiento, y ayudando mis limitados conocimientos de la lengua con los instrumentos más autorizados, he podido lograr una labor que confío habrá de ofrecer alguna novedad y que acaso, como a mí mismo, sorprenda un poco a los que no imaginaban el verdadero carácter ni el alcance ni la profundidad de la antigna literatura mística de nuestros padres mayas.

Antonio Mediz Bolio

Del *Canto del Origen de los Linajes*

El Señor del Sur es el tronco del linaje del *Gran Uc.—Xkantacay*, es su nombre. Y es el tronco del linaje de *Ah Puch.*

Nueve ríos los guardaban. Nueve montañas los guardaban.

El pedernal rojo es la sagrada piedra de *Ah Chac Mucen Cab.*

La Madre Ceiba Roja, Señora de todas las Cosas, está en el Oriente. El *chácalpucté* es el árbol de ellos. Suyo es el zapote rojo y de bejucos rojos adornan sus trajes. Los pavos rojos de cresta amarilla, son sus pavos. El maíz rojo y tostado, es su maíz.

El pedernal blanco es la sagrada piedra del Norte. La Madre Ceiba Blanca, es la Señora de las Cosas de *Sac Mucen Cab.* Los pavos blancos, son sus pavos. Las habas blancas, son sus habas. El maíz blanco, es su maíz.

El pedernal negro es la piedra del poniente. La Madre Ceiba Negra es la Señora de sus Cosas. El maíz negro y acaracolado, es su maíz. El camote de pezón negro, es su camote. Los pavos negros, son sus pavos. La negra noche, es su casa. El frijol negro, es su frijol. El haba negra, es su haba.

El pedernal amarillo es la piedra del Sur. La Madre Ceiba Amarilla, es la Señora de sus Señores. El *pucté* amarillo es su árbol. Amarillo es su camote. Amarillos son sus pavos. El frijol de espalda amarilla, es su frijol.

....

El calabazo rojo se derrama sobre las tierras del Oriente. La rosa roja es su jícara. La flor encarnada es su flor.

El calabazo blanco inunda las tierras del Norte. La rosa blanca es su jícara. La flor blanca, es su flor.

El calabazo negro se derrama sobre las tierras del Poniente. La flor negra, es su flor. El lirio negro es su jícara.

El calabazo amarillo riega las tierras del Sur. El lirio amarillo, es su jícara. La flor amarilla es su flor.

Del *Canto del Fin*

....

Trece veces, cuatrocientas veces, cuatrocientos millares y quince veces cuatrocientas veces cuatrocientos centenares más, años de años, vivieron herejes los Itzaes. Y he aquí, que se fueron. También sus discípulos fueron tras ellos en gran número para ser alimentados.

Trece medidas de tiempo fué *Iximal* a la cabeza de su cuenta, y nueve medidas *Almut* y tres *Oc*, en su *IXIMAL*. Y muchos pequeños pueblos, con sus dioses delante, fueron tras ellos también.

No sabían que esperaban a los extranjeros, ni a su cristianismo. No sabían lo que era pagar tributo.—¡Espíritus Señores de los pájaros,—Espíritus Señores de las piedras,—Espíritus Señores de las piedras labradas,—Espíritus Señores de los tigres!—Grandes Espíritus!—Mil seiscientos años y trescientos años más y habría de llegar el fin en su vida!—Porque sabían en ellos mismos la medida de su tiempo.

Toda luna, todo año, todo día, todo viento, camina y pasa también!—También toda sangre llena el lugar de su quietud como llega a su poder y a su trono. Medido estaba el tiempo en que alabaran la magnificencia de Los Tres. Medido estaba el tiempo en que pudieran encontrar el bien del Sol. Medido estaba el tiempo en que miraran sobre ellos el resplandor de las estrellas en el que, velando por ellos, los contemplaban los dioses, los dioses que están en el resplandor de las estrellas. Entonces era bueno todo y entonces fueron abatidos.

Había en ellos sabiduría. No había entonces pecado. Había santa devoción en ellos. Saludables vivían. No había entonces enfermedad; no había dolor de huesos; no había fiebre para ellos; no había viruelas; no había ardor de pecho; no había dolor de vientre; no había consunción. Rectamente erguido iba su cuerpo, entonces.

No así entonces hicieron los extranjeros cuando llegaron aquí. Ellos enseñaron el miedo; y vinieron a marchitar las flores. Para que su flor viviese, dañaron y sorbieron la flor de los otros!

Del *Canto del Principio*

Dentro del Once Ahau Katún, fué cuando salió *Ah Mucen Cab*, a vendar los ojos de los Trece Dioses.

No sabían su nombre. Solamente sus hermanas y sus hijos lo decían, pero tampoco podían ver su cara. Era el momento en que acababa de despertar la tierra. No sabían lo que iba a suceder.

Y fueron recogidos los trece Dioses por los Nueve Dioses. Y llovió fuego, y llovió ceniza y cayeron árboles y piedras. Y vino el golpearse los árboles y las piedras unos contra otras.

Y fueron recogidos los Trece Dioses, y fué rota su cabeza y abofeteado su rostro, y fueron escupidos, y se los cargaron a las espaldas. Y fué robada su Gran Serpiente, con los cascabeles de su cola.

Y con plumas de quetzal y con habas molidas cogieron sus entrañas, y con su corazón cogieron semilla molida de calabaza y semilla gruesa molida de calabaza y frijoles molidos. Y El que es Eterno, lo envolvió y lo ató todo junto, y se fué a la décima tercera capa del cielo.

Y entonces cayeron su piel y las puntas de sus huesos aquí sobre la tierra. Y porque se había ido su corazón, mataron a flechazos a los huérfanos, a los desamparados y a las viudas, y vivían sin tener corazón.

Y fueron enterrados por la orilla de la arena en la orilla del mar. Y entonces, en una sola ola de agua, llegaron las aguas. Y cuando fué robada la Gran Serpiente, retumbó el cielo y retumbó la tierra. En ese momento, los Cuatro Dioses, los Cuatro Bacabes, lo destruyeron todo. En el momento en que acabó la destrucción, se afirmaron en sus lugares para ordenar a los hombres amarillos.

Y se levantó el Primer Arbol Blanco, en el Norte. Y se levantó el Arco del Cielo, señal

(1) *Este volumen ya está en prensa. Saldrá en las elegantes ediciones del* Repertorio Americano. *Costará el ejemplar $ 1.50 oro am. Diríjanse los interesados en adquirirlo al Adr. del* Rep. Am. *San José de C. R.*

de la destrucción de abajo. Cuando estaba alzado el Primer Arbol Blanco, se levantó el Primer Arbol Negro, el *pixoy* negro. Y se levantó el Primer Arbol Amarillo, señal de la destrucción de abajo y se asentó el *pixoy* amarillo. Y se oyeron los pasos de los hombres amarillos, los de semblante amarillo.

Y se levantó la Primera Madre Ceiba, en medio del recuerdo de la destrucción de la tierra. Se asentó derecha y alzó su copa pidiendo hojas eternas. Y con sus ramas y sus raíces, llamaba a su Señor.

Canto de las Flores

....

Al mismo tiempo bajó Bolon Mayel. Dulce era su boca y la punta de su lengua. Dulces eran sus sesos. Y allí bajaron cuatro Gigantes que en ánforas de barro traían las mieles de las flores.

De ellas salieron: La del Hondo Cáliz Rojo, la del Hondo Cáliz Blanco, la del Hondo Cáliz Negro, la del Hondo Cáliz Amarillo. Y la que es ancha y la que es desviada. Y al mismo tiempo, salió la flor que es regada y la que es agujereada; y la flor ondulada del cacao, y la que nunca es chupada, y la flor del espíritu de color, y la que siempre es flor, y la que tiene el tallo cojo. Estas flores que salieron, eran las Comayeles, las madres de las flores.

Y salieron olorosos sacerdotes, olorosos reyes, olorosos jefes de guerreros, servidores del dios de la Flor. Cuando éste bajó no tenía semejante. «Miradle,—decían,—no se derrama lo que es su carga».

Y entonces salió la flor que es efímera y metió el pecado de los Nueve Dioses. En el tercer año es cuando se dice que sucedió, cuando no había llegado a ser cogido Dios en el infierno.

Y bajó Pizlimtec el de los Huesos Verdes, al pie de la flor, y el que es Eterno lo transformó en Chupaflor. Y entonces chupó la miel de la flor, de la flor de los nueve pétalos, hasta lo más adentro de ella. Y entonces tomó por esposa a la flor vacía, y salió el espíritu de la flor a vagar. Cuando se abrió el cáliz de esta flor, el Sol estaba dentro, y en medio de ella se leía su nombre. Y sucedió que suspiraron llenos de deseo los Trece Dioses. No sabían que así bajaba el pecado a su estera; eran dioses a su entender. Sucedió que de flores fué su estera, de flores su silla, y flores hubo en sus cabellos. Envidioso su asiento, envidioso su caminar, envidioso su plato, envidioso su vaso, envidioso su corazón, envidioso su entendimiento, envidioso su pensamiento, envidiosa su boca, robado el tiempo de su señorío.

Las palabras de después de la Prueba

Gana y se lleva contento entonces la piedra roja que ha soñado. Jugo del cielo, vacío del cielo ha soñado!

«Sueña que tu coges, hasta el día en que seas cogido de la tierra. Sueño es el rocío del cielo, el jugo del cielo; la flor amarilla del cielo, es sueño. Por ventura yo te he tomado tu tiempo, te he tomado tu sustento?—Basta!—Mejor fuera que te hubiese tomado tu piedra!—Yo te he cogido detenido en tu distracción, para que agradezcas la virtud de tu amanecer. Cuando a El fuiste enviado, cogiste palabra de lo oculto. Yo te cogí y te contuve, hasta hoy que dejo que sea oída tu virtud por tu Señor. Espera de El que hable la piedra que dejé resbalar en tu boca, la sagrada piedra preciosa!»

Profecía de Chilam Balam, que era cantor, en la antigua Maní

1. En el Trece Ahau, en las postrimerías del Katún, será arrollado el Itzá y rodará Tancah, Padre.

2. En señal del único Dios de lo Alto, llegará el árbol sagrado, manifestándose a todos para que sea iluminado el mundo, Padre.

3. Tiempo hará de que la conjuramentación esté sumida; tiempo hará de que esté sumido lo Oculto, cuando vengan trayendo la señal futura, los hombres del Sol, Padre.

4. A un grito de distancia, a una medida de distancia, vendrán y ya veréis el faisán que sobresale por encima del árbol sagrado.

5. Despertará la tierra por el Norte y por el Poniente, Itzam despertará.

6. Muy cerca viene vuestro Padre, Itzaes; viene vuestro hermano, Ah Tan Tunes.

7. Recibid a vuestros huéspedes que tienen barbas y son de las tierras de Oriente, conductores de la Señal de Dios, Padre.

8. Buena y sabia es la palabra de Dios que viene a vosotros. Viene el día de vuestra vida. No lo perdáis aquí en el mundo, Padre.

9. «Tú eres el único Dios que nos creaste», así será la bondadosa palabra de Dios, Padre, del Maestro de nuestras almas. El que la recibiere con toda su fe, al cielo tras El irá.

10. Pero es el principio de los hombres del Segundo Tiempo.

11. Cuando levanten su señal en alto, cuando la levanten con el árbol sagrado, todo cambiará de un golpe. Y aparecerá el sucesor del primer árbol de la tierra, y será manifiesto el cambio para todos.

12. El Signo del Unico Dios de Arriba, ese habréis de adorar, Itzaes. Adorad el nuevo Signo de los Cielos, adoradlo con voluntad verdadera, adorad al verdadero Dios que es éste, Padre.

13. Meted en vosotros la Palabra de Dios Unico, Padre.

14. Del cielo viene el que derrama la palabra para vosotros, para vivificar vuestro espíritu, Itzaes.

15. Amanecerá para aquellos que crean, dentro del Katún que sigue, Padre.

16. Y ya entra en sí misma mi palabra. Yo, Chilam Balam, he explicado la palabra de Dios sobre el mundo, para que la oiga toda la Gran Comarca de esta tierra, Padre. Es la Palabra de Dios, Señor del Cielo y de la Tierra.

Buena es la palabra de arriba, Padre. Entra su reino, entra en nuestras almas el verdadero Dios; pero abren allí sus lazos, Padre, los grandes cachorros que se beben a los hermanos esclavos de la tierra. Marchita está la vida y muerto el corazón de sus flores, y los que meten su jícara hasta el fondo, los que lo estiran todo hasta romperlo, dañan y chupan las flores de los otros. Falsos son sus Reyes, tiranos en sus tronos, avarientos de sus flores. De gente nueva es su lengua, nuevas sus sillas, sus jícaras, sus sombreros. Dientes del Día, Dientes de la Noche, Mallugadores del Mundo! Torcida es su garganta, entrecerrados sus ojos, de aguja es la boca del Rey de estas tierras, Padre!—Allí viene!—No hay verdad en las palabras de los azules de la tierra. Los Hijos de las Grandes Casas Desiertas, los Hijos de los Grandes Hombres de las Casas Despobladas, dirán que es cierto que vinieron ellos aquí, Padre.

Qué Profeta, qué Sacerdote será el que rectamente interprete las palabras de estas Escrituras?

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.